

Apéndice

LOS DESAFÍOS DEL PENSAMIENTO PROGRESISTA EN EL ACTUAL CONTEXTO LATINOAMERICANO. HEGEMONÍA, ESTADO Y DEMOCRACIA*

MARIO TOER, PABLO MARTÍNEZ SAMECK,
LEANDRO AGILDA, AGUSTÍN BURBANO DE LARA,
NATALIA GARRIDO, ARIEL GOLDSTEIN,
FEDERICO MONTERO, AMÍLCAR SALAS OROÑO

Hemos abordado este trabajo con la intención de contribuir a la discusión sobre los nuevos procesos políticos que se vienen desarrollando en América Latina, atendiendo a las distintas caracterizaciones que se hacen desde diferentes posicionamientos.

Por lo general, la discusión abunda en la pretensión de caracterizar a estos procesos, en un rango que va desde el cuestionamiento selectivo, desacreditando procesos y liderazgos o cronificándolos como añejos *populismos*, a las pretensiones clasificatorias del tipo de que existirían “dos izquierdas”: una buena y otra mala. Menos atención se le ha dado a la reflexión sobre las *formas* en que estas nuevas experiencias políticas cuestionan la propia gramática de *la política*: conceptos como “democracia”, “república”, “estado”, “nación” o “comunidad”, están en el centro de la disputa sobre el *sentido* mismo de la vida política en la región. Esta ponencia pretende, por lo tanto, problematizar este aspecto a menudo desatendido en la discusión político-ideológica, partiendo del supuesto de que la región atraviesa una etapa de inédita *disputa hegemónica*, de final abierto.

* Ponencia presentada por Mario Toer y equipo en el *I Congreso Internacional Extraordinario de Ciencia Política*, organizado por la Universidad de San Juan (Argentina), en agosto de 2010.

En este camino, nos referiremos en particular a los desafíos que enfrenta el pensamiento político latinoamericano para interpretar las transformaciones en curso, a partir de tres instancias conceptuales que, por cierto, se entrecruzan: las concepciones de *Hegemonía, Estado y Democracia*. A lo largo de la exposición señalaremos *dos obstáculos* para la necesaria renovación conceptual que exigen las nuevas experiencias: el *obstáculo formalista*, que recoge centralmente la tradición del giro hacia el pensamiento liberal de parte de la socialdemocracia (particularmente la europea, como parte de un desplazamiento de toda la escena hacia la derecha durante las últimas décadas); y el *obstáculo voluntarista*, tan propio de cierta izquierda, prisionera de una concepción ideológica que desconoce cómo se configuran las *correlaciones de fuerzas* —su estructuración y sus protagonistas— en los procesos políticos de las sociedades crecientemente complejas.

La cuestión de la hegemonía en América Latina

La coyuntura política latinoamericana, al decir de Álvaro García Linera, ha reactualizado, pese a sus marchas y contramarchas, la disputa por la configuración y el rumbo de los procesos políticos, económicos y sociales de nuestras sociedades. Los casos de Bolivia, Brasil, Venezuela, Ecuador y la Argentina son ejemplos de nuevos gobiernos progresistas que han afrontado reformas que, con mayor o menor radicalidad, impugnaron muchas de *las ideas-fuerza* predominantes durante el período neoliberal. ¿Cuáles son las significaciones y los alcances de estos procesos de transformación? ¿Qué categorías o conceptos nos permiten una lectura productiva comprometida, y a la vez crítica, del devenir del proceso político en curso?

Coincidiendo con Linera, sostendremos que *“hoy en día estamos ante una lucha hegemónica, que toma la forma de una guerra de posiciones —en el sentido gramsciano— en la que el Estado sí importa como el espacio de disputa de todos los ámbitos de la vida y como el lugar de consolidación de procesos redistributivos de la riqueza social”* (Linera, 2008b:10). Así, la recuperación del concepto de hegemonía, con sus matices, contradicciones, y la perspectiva integral de la realidad sociopolítica que implica, resulta ser esencial para cualquier *relectura* del universo latinoamericano.

La recuperación de este concepto supone, en primer lugar, desagregar la vulgata periodística y sus ecos pseudoacadémicos, que degradan los alcances del concepto, homologándolo a simples *re-*

laciones de dominación política, al margen de cualquier materialidad específica.¹ Así, «Fulano es “hegemonista”», se ha vuelto una apelación descalificadora, cuyos efectos trascienden la disputa retórica para arraigar una visión empequeñecida del concepto en el sentido común de nuestras sociedades.

Desarrollada por Antonio Gramsci, la noción de *hegemonía*² se articula en relación a la concepción de *bloque histórico* en tanto *construcción social sujeta a una transformación constante*. A su vez, se basa en una comprensión integral del Estado que supera el tradicional antagonismo liberal entre *sociedad civil* y *sociedad política* como compartimientos estancos donde se producen, respectivamente, el consenso y la coerción. Por el contrario, en la perspectiva gramsciana, *sociedad civil* y *sociedad política* se integran en el Estado como una fuerza orgánica, intelectual y moralmente dotada, que vela por la racionalidad de los conflictivos intereses económico-corporativos, permitiendo la reproducción o eventual superación de las viejas *formas de la dominación*.³

Esta perspectiva permite dar cuenta, en la coyuntura latinoamericana, de los complejos entrelazamientos entre la esfera social, caracterizada por la emergencia de movimientos contestatarios con

1 “La palabra ‘hegemonía’, que proviene de la vieja tradición gramsciana e importa una refinada reflexión sobre la naturaleza de la actividad política (una de las más exigentes teorizaciones sobre esa cuestión, de hecho, dentro de la gran tradición del marxismo occidental), ha sufrido en los últimos años una especie de degradación inopinada y absurda, y se ha vuelto, en el lenguaje periodístico, político y académico, casi un insulto. ‘Vocación hegemónica’ (o, con una modulación algo más pecaminosa: ‘pulsión hegemónica’, ‘tentación hegemónica’), ‘hegemonismo’ y otras expresiones similares aparecen en efecto, últimamente, utilizadas para designar modalidades de conducción política poco amigas de la diferencia, inconfesables ambiciones personales de los políticos que las capitanean, perversiones de una política que, según parece sugerirse, debería, en principio, tener otras modalidades más virtuosas” (Rinesi, Muraco, Vommaro, 2008:11).

2 *Egemonia*, etimológicamente, término de origen griego que remite a la conducción de un ejército. Es la noción de *conductor*. Para la época de las guerras del Peloponeso, ya se hablaba de una *ciudad hegemónica* con relación a aquella ciudad / Estado que dirigía la alianza de las ciudades griegas en lucha entre sí. El concepto gramsciano de *hegemonía* supone una resignificación del término concebido por Lenin a la luz de la Revolución de Octubre —al decir de Gramsci, la última revolución del siglo XIX— para las condiciones de la lucha política en la Italia de su tiempo. En términos de la metáfora *militarista*, corresponde al paso de la guerra de movimientos —el asalto al “Palacio de Invierno” de San Petersburgo, edificio del poder del Estado— a la guerra de posiciones (o de maniobras), para la ocupación de las trincheras esenciales de la sociedad civil de manera previa a la toma del poder.

3 Potenciando a su máxima expresión dialéctica el carácter dinámico/constructivo de la noción *ético-política* bajo cualquier hegemonía de la vida en sociedad. Todo *proyecto político* resulta ser, en última instancia, *ético/político*.

vocación transformadora, como es el caso del MAS en Bolivia o el PT en Brasil, y la puesta en marcha de procesos de reformas desde los gobiernos. Ambos resultan ser aspectos de un mismo proceso de disputa política por la correlación de fuerzas, de las que resulta una reconfiguración del Estado en su concepción ampliada.

En tal línea, *consenso* e *ideología* resultan ser los rasgos esenciales de la vida política de la sociedad civil. La *ideología* funda el criterio mismo de verdad por el cual una *clase fundamental*,⁴ en colaboración con otras clases auxiliares —dentro de las cuales se vinculan los *intelectuales orgánicos*— nutre y asienta de soporte y *autoconciencia* a la diversidad social que se articula en la sociedad. Cabe destacar entonces que, en la perspectiva gramsciana, el *fenómeno ideológico, rasgo visible de la opinión pública*, no resulta ser solamente una *forma mentis*, una *lectura que opaca en forma invertida las relaciones sociales* o sólo una *falsa conciencia*, sino un *componente esencial y basal para las condiciones de dominación hegemónica*.⁵ De allí el carácter estratégico que supone, para la profundización de los procesos de cambio en Latinoamérica, la democratización de las grandes corporaciones mediáticas, hoy constituidas en el principal bastión de resistencia y organización del discurso de las clases dominantes.

4 Partiendo de una concepción post-estructuralista o post-esencialista de la realidad social, Ernesto Laclau criticará la centralidad que revisten en Gramsci las “clases fundamentales” y radicalizará la centralidad de la práctica hegemónica, ubicándola como el núcleo mismo de una permanente reconstitución política de lo social, de carácter “discursivo”. Es decir, para Laclau, las clases y los conflictos se constituyen en la propia disputa hegemónica. La hegemonía implica que las demandas sociales pueden articularse en campos opuestos “*lo que implica la constante redefinición de estos últimos*”. “*Es lo que constituye el terreno que nos permite definir a una práctica como hegemónica*” [Laclau y Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2004:157. Citado en Reano, Ariana “Concepciones de la política, miradas sobre el populismo”, en Rinesi, E., Vommaro, G., Muraca, M. (2008: 28, 29)].

5 Entre los distintos *grados de la ideología*, en la vertebración de esa noción viva de la *filosofía* como instancia ordenadora superior, encontramos al *sentido común*, rasgo visible de la *opinión pública*. Esto es respecto de su adocenamiento al punto de vista de la clase hegemónica *vis-à-vis* los *núcleos de buen sentido* emergentes de la nunca virgen *praxis social* que, junto con la religión y el folclore, los rasgos menores mas no por ellos menos “eficientes”, resultan ser los siempre enigmáticos factores integrativos de los sectores populares al proyecto hegemónico. En la misma línea, Muraca destaca que “*un modelo es hegemónico, no cuando sus premisas teóricas son aceptadas por la totalidad social, sino cuando se vuelven imperceptibles y son incorporadas en los sentires de los dominados como naturales, esto es, cuando la teoría se pierde como tal, como teoría, y se vuelve prácticas realizadas acriticamente por los dominados que adquieren un carácter imperativo en cuanto producen normas de conducta que reproducen el modelo consolidado como hegemónico*” (Muraca, 2008:87).

La ideología remite a los *fundamentos* y a la *legitimidad* del *sistema de creencias* que *articula, y vuelve tolerable, la vida en sociedad, organiza la cosmovisión sustantiva de una clase fundamental* que sostiene un determinado *orden social*. Esto es, una *concepción del mundo* que “*naturaliza*” los *patrones de normalidad*, soporta e instituye *principios y tradiciones*, sustentando la *cohesión social*. No resultan ser éstas *ideas abstractas, inorgánicas, contingentes*, producto de una suma de circunstancias de *orden táctico*, sino una *construcción social de intereses organizados al efecto*, muchos de ellos de naturaleza antagónica, sometidos al punto de vista y al tamiz de la *clase orgánica fundamental*.

Neoliberalismo y después: debates en torno al Estado

La extraordinaria intensidad que adquirió la *hegemonía neoliberal* en América Latina implicó una serie de profundas transformaciones en la estructura y las funciones del Estado, el patrón de acumulación, el *sistema de creencias* y la estructuración de las clases sociales. Producto de la dinámica explosiva de la nueva fase de acumulación del capital (Chesnais, 2001), así como de la implosión del bloque soviético, el período se caracterizó por una correlación de fuerzas extremadamente desfavorable a las clases populares. El papel asumido por los Estados latinoamericanos, en un contexto de debilidad extrema y de endeudamiento impagable con los acreedores internacionales, se limitó a garantizar estructuralmente el nuevo patrón de acumulación global,⁶ procurando reforzar y perpetuar la relación de fuerzas imperante (Thwaites Rey, 2008), a través de profundas reformas del aparato estatal⁷ y de las políticas públicas⁸.

6 Las reformas modificaron profundamente la relación Estado-mercado, en favor de los intereses del capital transnacional y de las necesidades del mercado mundial (Felder, 2007), bajo una estrategia de crecimiento orientado por la inversión financiera externa de corto plazo (Bresser Pereira, 2007).

7 Como establece Oszlak (2000), en referencia al caso argentino durante la década del 90: “[...] el Estado nacional se contrajo, al desembarazarse de su aparato productivo (vía privatización), de sus órganos de regulación económica (vía desregulación), de muchas de sus funciones de apoyo (vía tercerización), de la prestación directa de la mayoría de los servicios públicos (vía descentralización), de fuertes contingentes de personal (vía retiros voluntarios y jubilaciones anticipadas) y de una porción no despreciable de su capacidad de decisión soberana (vía internacionalización). Existe ahora un menor Estado, no un mejor Estado” (Oszlak, 2000: 17).

8 Desentendida de la tarea de efectivizar derechos sociales universales, la intervención estatal pasó a abocarse a una función meramente paliativa (“compensadora”) de las situaciones focalizadas de pobreza extrema (considerada según novedosas técnicas estadísticas) en sus múltiples facetas, o de los “desajustes

Condición decisiva para la consolidación de la *hegemonía neoliberal* en América Latina fue la conversión al nuevo credo de fuerzas políticas de raíz popular —como el Partido Justicialista de la mano de Carlos Menem en la Argentina, Acción Democrática de Venezuela con Carlos Andrés Pérez, el PRI mexicano de Salinas de Gortari y el MNR de Paz Estenssoro en Bolivia—, como también la aparición de *outsiders* con capacidad de interpelar a los sectores populares —Fujimori en Perú y Collor de Melo en Brasil—. Recuperando la *noción gramsciana*, destacamos que el ideario neoliberal asumió, durante esa etapa, un rol hegemónico en nuestra región.

La desigual pero notable vigencia que conserva aún la *hegemonía ideológico-cultural* del neoliberalismo en el *sentido común*, debido a su constante reactualización por poderosas usinas ideológicas (entre las que se destacan los grandes medios corporativos de información, como parte de los *aparatos ideológicos del mercado*),⁹ y al arraigo de la antedicha concepción presuntamente “antipolítica” (o, mejor dicho, de “política despoltizada”),¹⁰ nos lleva a reconsiderar las condiciones de disputa hegemónica en la sociedad y al interior del Estado. Nos preguntamos, entonces, acerca del *momento cultural*, al que hacía referencia Gramsci, para poder analizar las posibilidades para la conformación de una *nueva hegemonía* que, como propone Sader (2009), pueda pensarse como *posneoliberal*.

La *hegemonía de las políticas neoliberales* en América Latina comenzó a resquebrajarse cuando la vulnerabilidad económica de los países, la profundización de la pobreza, y sobre todo el incre-

temporarios” e “indeseados” (“fallas de mercado”) que los procesos de reestructuración macroeconómica hubiesen generado. Desde el punto de vista social, estas medidas tendientes a la mercantilización de los servicios públicos (educación, salud, etc.), significaron condicionamientos en la producción y distribución de la riqueza que afectaron a las mayorías, con el agravante de que el neoliberalismo consideró a cualquier política social pública desde la perspectiva de ser un mero gasto. (Véase: Vilas, C., 1997.)

9 “Las expresiones más directas de los aparatos ideológicos del mercado son los medios de comunicación, la publicidad, el ‘mundo de las compras’, y así sucesivamente. (...) Su mayor poder radica en su apelación al ‘sentido común’, a las necesidades comunes, que convierten a la gente en consumidores, siguiendo voluntariamente la lógica del mercado en la vida diaria” (Wang Hui, 2009). Citado en Anderson (2010:239).

10 “Las políticas despoltizadas (Wang Hui, 2009) constituyen una marca de época: implican la cancelación de cualquier agencia popular; de la habilidad de luchar por una alternativa al statu quo, que estimula formas representativas para variarlas mejor de división o de conflicto” (Anderson, 2010).

mento en los niveles de desempleo y desigualdad —así como la alta concentración de la riqueza en poder de grandes grupos económicos— empezaron a tornarse intolerables para las mayorías. Estas mayorías promovieron escenarios de reagrupamiento que les permitirían impugnar aquellos gobiernos que expresaban fielmente la doctrina del Consenso de Washington.¹¹ El cambio relativo en las fuerzas sociales se manifestó, finalmente, en una modificación del signo político predominante, caracterizado por la emergencia de fuerzas políticas que buscaron constituirse en alternativas. Los acontecimientos que darían cuenta de dicho cambio político, tuvieron como primer hito la asunción, en 1999, de Hugo Chávez como presidente de Venezuela, y continuaron con el subsiguiente ciclo de gobiernos *posneoliberales* en la región, que implicaron el anuncio de que un “cambio de época”,¹² como lo llamara Rafael Correa, estaba en curso: Brasil (2003), Argentina (2003), Uruguay (2004), Bolivia (2006), Ecuador (2007), Nicaragua (2007), Paraguay (2008) y El Salvador (2009).

Estos acontecimientos constituyen el punto de partida de un nuevo período histórico, cuya riqueza, matices y contradicciones derivan del carácter abierto de la lucha por el *sentido* del curso político emprendido. De este modo, las transformaciones del Estado son el resultado de las cambiantes correlaciones de fuerza, de luchas y enfrentamientos por la redefinición del bloque histórico,¹³ que a la vez implican la recuperación de la capacidad de definir

11 Entre algunos ejemplos de ello podemos mencionar la crisis de 2001 en la Argentina, la crónica inestabilidad de Ecuador que se llevará a cinco presidentes, así como la Guerra del Agua y del Gas en Bolivia.

12 Marco Aurelio García, con la intención de destacar las diferentes condiciones en la región andina en relación a los países con un cierto desarrollo industrial previo, reserva el término “cambio de época” para los primeros y nos habla de “época de cambios” para los segundos (García, M. A., 2008).

13 Para dicha reflexión resulta pertinente introducir el conjunto de aspectos que recupera García Linera para una conceptualización del Estado que no sólo implica el monopolio exitoso de la coerción, sino que al mismo se agregan el monopolio exitoso de la legitimidad (de las *ideas-fuerza* que regulan la cohesión entre gobernantes y gobernados) y el monopolio de la tributación y de los recursos públicos. Para García Linera, el Estado no sólo posee una *dimensión material* (vinculada al régimen y al sistema de instituciones de gobierno, parlamento, justicia, cultura, educación y comunicación), sino que posee también una *dimensión ideal*, es decir, aquella referida a las concepciones, enseñanzas, saberes, conocimientos. En el Estado, por lo tanto, se condensa la contradicción entre la materialidad y la idealidad de la acción política, pero el Estado es también una maquinaria de producción de ideología, es decir, de esquemas simbólicos de legitimación de los monopolios del poder.

políticas públicas, como parte integral de la disputa hegemónica al interior del aparato de Estado.¹⁴

En el contexto latinoamericano contemporáneo adquirió centralidad la idea de que los Estados deben ganar grados de libertad (soberanía) respecto del capital global. Según Thwaites Rey (2010), ello podría efectuarse por dos vías: por un lado, mediante la gestión propia, sin interferencias del capital global, de una porción sustantiva del excedente local (el proveniente de la renta de recursos estratégicos como el petróleo o el gas) y la apropiación, o reapropiación, de recursos no renovables con una alta capacidad de generación de renta diferencial; o bien, mediante el intento de “desconectarse” del ciclo de capital global, a través, por ejemplo, de las instancias supraestatales regionales.

La coordinación regional de las políticas, en la medida en que permite potenciar y resguardar la continuidad de los procesos iniciados en cada uno de los países, se convirtió así en una cuestión fundamental.¹⁵ Las alianzas a nivel político han tenido también sus correlatos económicos, a través de la constitución de mercados regionales, de variado alcance y de mecanismos diversos,¹⁶ o mediante la mayor coordinación de políticas monetarias y financieras, a partir de las cuales una masa del capital productivo es efectivamente desconectada de la circulación que orientan los centros de poder globalizados.¹⁷ Existen, asimismo, diversos proyectos vinculados a la integración energética y de desarrollo infraestruc-

14 Al respecto, Cunill Grau (2009) establece que el desarrollo de un nuevo Estado comprometido con la creación tanto de ciudadanía como de mercados requiere una nueva teoría de la administración pública que aporte una concepción normativa (valores y propósitos) distinta de *lo público*, es decir, de una concepción que considere los cambios que signan los tiempos actuales.

15 Del mismo modo, la institucionalización de tales mecanismos de cooperación y coordinación intergubernamental cobran cada vez mayor importancia. La creación y la creciente gravitación de la UNASUR es una muestra de ello.

16 Desde el fortalecimiento y profundización del Mercosur, tendiente a ampliar gradualmente su objetivo original —surgido bajo la hegemonía neoliberal como un instrumento de intención libremercadista—, a la opción integradora abiertamente antiliberal de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA).

17 Entre otros fondos de desarrollo regional, los grandes proyectos del Banco del Sur y el Fondo del Sur, como alternativas al BM y al FMI, hacen su apuesta en este sentido (Thwaites Rey, 2010). Del mismo modo, el desendeudamiento o la compraventa de bonos del Estado implican una importante dosis de coordinación política. En cuanto a las políticas monetarias, instrumentos como el SUCRE, u otras formas de intercambio comercial intrarregional no mediado en dólares, se orientan a idéntica finalidad. Todo ello, a su vez, potencia la voz de los países latinoamericanos en cuanto a las demandas de reforma de los organismos multilaterales de crédito.

tural, como el Anillo Energético, el Gasoducto del Sur, el IIRSA, etc., que son fundamentales eslabones para una efectiva integración económica y productiva en el continente.

A partir de una renovada intervención en la economía, los gobiernos de la región han buscado recuperar la capacidad regulatoria del Estado sobre el sector privado y reorientar las estrategias productivas de cada país (Bresser Pereira, 2007). A través de instrumentos fiscales y monetarios, o de la intervención directa en el sector productivo y de servicios públicos,¹⁸ desde el Estado se ha conseguido promover un crecimiento económico fundado en el incentivo a la producción y la recomposición del empleo. Asimismo, mediante mayores imposiciones sobre la exportación de bienes primarios (renovables y no renovables), nacionalizaciones (totales o parciales) de recursos energéticos y mineros, estatizaciones de fondos de pensión, y políticas activas de desendeudamiento, los gobiernos de la región se han dotado de capacidades financieras autónomas que mejoraron su capacidad para definir y ejecutar políticas sociales, de infraestructura y productivas.

Estas medidas, naturalmente, no han dejado de provocar una creciente resistencia de parte de los sectores económicos predominantes. Su propósito es salvaguardar las relaciones de dominación (pre)existentes y recomponer el poder de las corporaciones económicas sobre el Estado. Sus avances, que evidencian la intención de “restaurar los fundamentos no políticos de la sociedad”, pasaron del golpismo explícito (Venezuela, 2002; Bolivia, 2007/8; Honduras, 2009) a la crítica institucional conservadora presuntamente “republicana”.¹⁹ Esta última ha conseguido ocasionalmente obstruir a los gobiernos en cuestión, e incluso —potenciada por la corporación mediática (Sader, 2009)— ha llegado a amenazar seriamente la continuidad de los mismos, contando, en ocasiones, con ciertos grados de movilización social favorables. El sustento ideológico de es-

18 No es objetivo de esta ponencia realizar un recuento exhaustivo de las transformaciones realizadas, aunque sí podemos mencionar algunos casos cuyo carácter es ejemplificador: CANTV Teléfonos, empresas de cemento, la Siderúrgica Sidor, el Banco de Venezuela y la compañía de distribución de combustibles líquidos en Venezuela, la creación de la empresa Correo Oficial de la República Argentina, la estatización de Aerolíneas Argentinas, etcétera.

19 La crítica de la *decisión política*, de matriz neoliberal, se valió recientemente de argumentos tales como el “respeto a la división de poderes del Estado” o a los “poderes intermedios” de la sociedad; la crítica de la regulación y la “intervención en la economía” por parte del Estado, se revistió de una defensa de la “seguridad jurídica” y una crítica del “alineamiento internacional incorrecto”, etc. (Véase la próxima sección.)

tos intentos conservadores se compone de un encuadre tecnicista y procedimentalista de la política y las instituciones, y constituye un verdadero *obstáculo formalista de matriz neoliberal*, que refuerza la concepción de un Estado limitado a la reproducción eficiente, supuestamente neutra, de las condiciones de reproducción del mercado, en una perspectiva de total subsidiariedad. Dicha conceptualización puede ser contrastada con la concepción de García Linera, quien nos recuerda que

cuando hablamos del Estado, estamos hablando de algo que es mucho más que un conjunto de instituciones, normas o procedimientos políticos, pues en el fondo, el Estado es una relación social conflictiva que atraviesa al conjunto de toda la sociedad en los modos en que realiza la continuidad de su sistema de necesidades (propiedad, impuestos, moneda, derechos laborales, créditos, etc.) y en el modo en que representa la articulación entre sus facultades políticas y sus actividades cotidianas (García Linera, 2008a:331).²⁰

Una nueva orientación en numerosas políticas públicas de la región procura recuperar para el Estado su papel interventor, mediador y regulador sobre el ámbito privado, para poder —eventualmente— reconstituir su rol de garante de los derechos sociales. Dotados de una mayor autonomía financiera, y una considerable legitimidad política, los nuevos gobiernos han podido crear y desarrollar, mediante las transferencias de recursos, políticas sociales de largo alcance orientadas a revertir las consecuencias socioeconómicas de la etapa precedente. Ejemplos de ello son las *misiones bolivarianas*, en Venezuela; la *Renta Dignidad* y el *Bono Juancito Pinto* (para los niños en edad escolar), en Bolivia; el *Bono de Desarrollo Humano*, en Ecuador; el programa *Territorios de la Ciudadanía* y el *Bolsa Familia*, en Brasil; el plan *Argentina Trabaja* y la *Asignación Universal por Hijo*, en la Argentina, los cuales han logrado efectivamente, con las diferencias de cada caso, reducir los niveles de pobreza y exclusión social de manera positiva y significativa.²¹

20 Es por ello que, al mismo tiempo que negamos la idea de un procedimentalismo vacío y aséptico, consideramos que la institucionalidad es irrenunciable, en tanto necesaria garantía para la sustentación de los derechos sociales y un proyecto político popular. En todo caso, se trataría de construir “un pluralismo institucional público con base en contrapoderes que impidan el sometimiento imperialista del mercado sobre la política y las mayorías sociales” (Restrepo, 2003:113).

21 Según la CEPAL: “En la década actual la inflexión en la política pública muestra un mayor compromiso público en cuanto a la protección frente a eventos de

A pesar del innegable impacto en la *calidad de vida* para amplias capas de la población, una de las paradojas con las que es dable encontrarse en torno a las maneras de posicionarse ante el Estado, de parte de quienes llamamos “partícipes del *obstáculo voluntarista de izquierda*”, aparece cuando estos reclaman ser incluidos en planes estatales para obtener recursos, sin avanzar en una combinación de su autonomía política con la participación activa en la disputa por la orientación estratégica de las políticas de Estado. En esta perspectiva, a menudo parece obviarse la relevancia que reviste la recuperación de la autonomía del Estado respecto del capital transnacional, así como sus implicancias para los derechos sociales y la *calidad de vida* de quienes se veían, hasta poco tiempo atrás, condenados a la marginalidad económica, social y política.

Esta perspectiva crítica se radicaliza entre quienes consideran que la participación de las mayorías y la acumulación de fuerzas en (y la politización de) los ámbitos comunitarios, excluyen la dinámica de *lo estatal* y una construcción política adecuada a tales fines.²² Por lo tanto, muchas veces, quienes buscan poner en

*pérdida de ingresos familiares, pobreza de ingresos y exclusión. Esta inflexión responde, además, a una concepción de igualdad de derechos, no sólo de oportunidades. Pues es en virtud de los derechos, dada su condición de universalidad, que se transita de una racionalidad de la focalización a una vocación más universalista, y de modelos centrados en capitalización individual a sistemas que incluyen más claramente mecanismos de solidaridad para quienes no pueden financiarse su bienestar. Con las nuevas perspectivas se busca, pues, combinar el eje del combate contra la pobreza con el del combate contra la desigualdad y la promoción de la cohesión social. Esto se intenta lograr por medio de la articulación y ejecución de diversos programas sociales que coordinan los alcances de la seguridad social tradicional, la provisión de servicios sociales y la oferta de programas asistenciales. En este sentido se ha instalado en el debate y la agenda pública la importancia del pilar solidario o no contributivo en los sistemas de protección social”. [Publicado en CEPAL (2010): *La hora de la igualdad. brechas por cerrar, caminos por abrir* (coordinado por Alicia Bárcena, con la colaboración de Antonio Prado y Martín Hopenhayn), Santiago, Chile.]*

22 Consideramos oportuno destacar la caracterización crítica que realiza Restrepo cuando afirma que “los llamados de participación en políticas estatales implicaría entonces correr el riesgo de la cooptación; invadir espacios en las políticas públicas sería caer en el reformismo; enmarcar las demandas sociales en las agendas estatales implicaría necesariamente negar el principio de la autonomía de los sectores populares”. Así, pareciera que “al Estado sólo vale la exigencia externa y la confrontación, o la toma total del poder estatal. La consigna política hacia el Estado es ‘todo o nada’, porque ‘algo’ es encerrarse en los límites impuestos por la dominación estatal. Por el contrario, la comunidad autogestionada que moviliza los recursos de la cooperación y la autogestión social, y las formas colectivas de propiedad y trabajo, son el espacio y el proceso de emancipación mismo. La política es contención antiestatal y autorrealización social” (Restrepo, 2003:110).

cuestión los alcances de las transformaciones realizadas, terminan cuestionando los medios *políticos* por los cuales estas fueron posibles, a veces negando la complejidad de las situaciones precedentes.²³ Cuando no, insuflando una *lectura política opositora* simplificadora, cuasi reduccionista, de los escenarios crecientemente complejos y multilaterales.

La búsqueda de una perspectiva conceptual que integre la disputa por el Estado como parte de la construcción de una *nueva hegemonía* se refiere también a la discusión sobre las formas en que los nuevos gobiernos han buscado reforzar su legitimidad, procurando dar respuestas a la crisis de representación política que se abatió sobre la región en la década del noventa. Procesos de reforma institucional que implicaron radicalizar la práctica ciudadana, sin restringirla al momento del voto²⁴ (Coelho, A., Mendonça, C. y Pérez Flores, F., 2010), ni desligarla de la consecución de mejoras materiales, se han constituido como instancias claves para dicha disputa. En los casos de Bolivia, Ecuador y Venezuela, por ejemplo, se han modificado los textos constitucionales con vistas a poder ampliar los mecanismos de participación ciudadana, con un marcado acento en los sectores históricamente relegados, y procurando superar las instituciones representativas tradicionales.

Ante las mencionadas transformaciones han surgido críticas de parte de una serie de autores que —ceranos a un presunto marxismo esquemático, consecuentemente deshistorizado— abogan por el incremento de la participación de las mayorías y de la politización de los ámbitos comunitarios, con el fin de profundizar el proceso de movilización en marcha, pero que, al mismo tiempo, rechazan cualquier intento de *centralización del poder político*; ignorando, desde nuestro punto de vista, que se trata de un proceso de acumulación de fuerzas y de construcción política que no pue-

23 En este punto, un signo paradójico de la época es que tanto la derecha neoliberal como el voluntarismo de izquierda se unen contra el Estado. Sin embargo, *“quienes pretenden suplantar al Estado por el mercado o la sociedad también niegan, los primeros, el carácter político del mercado, y los segundos, la lucha política en cada intersticio de las relaciones sociales, en cada organización social, en cada plataforma y práctica que se reclama defensora de intereses sociales o populares”* (Restrepo, 2003:110).

24 Una amplia gama de instancias de participación popular experimental, en la forma de “presupuestos participativos”, Consejos Populares, Planes Estratégicos Participativos, etc., se han multiplicado por toda la región en años recientes. (Véase Guimarães, 2008:8-10.)

de encaminarse sólo de manera voluntarista ni predeterminada. Para esta línea de pensamiento, *el Estado es caracterizado desde una perspectiva instrumental*, es decir, visto sólo desde su dimensión como *instrumento de dominación* que limita cualquier intento de avance en las conquistas de los sectores populares. Sin embargo, tal como se mencionaba anteriormente, para Gramsci tanto la sociedad civil como la sociedad política se integran en el Estado como una fuerza orgánica, intelectual y moral, condición que posibilita la superación de las viejas *formas de la dominación*.

La democracia en cuestión

Una rápida mirada sobre el giro político en Latinoamérica permite constatar la estrecha vinculación entre los procesos de cambio y las prácticas democráticas. A partir del triunfo de Chávez en Venezuela, se asiste a un ciclo de *repolitización* de la democracia en la región que implicó, por un lado, la revalorización de las elecciones como instancia de definición del rumbo político de las sociedades, pero también la legitimación de la movilización popular, y de nuevas formas de participación política, como aspectos de ampliación del espacio público y de la esfera democrática luego de la década neoliberal.

Como resultado de estas experiencias, la relación entre *democracia, conflicto y cambio social* es revalorizada en el seno de las fuerzas políticas con vocación transformadora en la región, recuperando la resignificación de *lo democrático* que, en el campo de la izquierda latinoamericana, se remonta a comienzos de los 80, cuando se revisa la manera en que

la intelectualidad, y no solamente la intelectualidad, sino también la dirigencia colectiva política y social, se acercaba a la democracia, caracterizada por un profundo escepticismo y por una vista de la democracia simplemente como un lugar de acumulación de fuerzas y como un pequeño puente temporal que separaba la vigencia del orden existente y la sociedad nueva que vendría de la mano de un estallido de rebelión social (García Linera, 2010:299).²⁵

25 El triunfo de la Revolución cubana en 1959 alentó la legitimación de la lucha armada como estrategia para la toma del poder en buena parte de los países latinoamericanos. Los contextos de debilidad institucional que se vivían en ese entonces en cada uno de estos países, fueron parte de las condiciones que posibilitaron

Tales discusiones sobre las potencialidades de la democracia luego de las dictaduras, se vuelven hoy relevantes para las experiencias progresistas en los países que vieron profundizados sus lazos de dependencia luego de la reestructuración capitalista de fines de los 70, la caída del orden bipolar, y la *hegemonía neoliberal* en los 90. En la actualidad, la resignificación del fenómeno de *lo democrático* supone cuestionar tanto las perspectivas *procedimentalistas* de la democracia, derivadas de las corrientes liberales de la socialdemocracia europea (el aquí llamado *obstáculo formalista*),²⁶ como

la emergencia de aquello que Emir Sader (2009) llama la “segunda estrategia de la izquierda latinoamericana”. Como veremos, el proceso de recuperación de los regímenes constitucionales civiles durante los 80, que diera comienzo al período denominado de las “transiciones democráticas”, apuntaba —luego del horror y el rechazo a nivel social provocado por las dictaduras militares— a una revalorización de los regímenes democrático-constitucionales y sus instituciones. Los antecedentes de esta resignificación de la democracia en el seno de las fuerzas populares y de izquierda latinoamericana se producen al calor del debate sobre las transiciones democráticas. Una de las voces más lúcidas en esta resignificación, Juan Carlos Portantiero, sostenía a fines de los 70 y principios de los 80 en la revista *Controversia* que “*la democracia formal ya no aparece como puro reclamo liberal*” (Vezzetti, 2009:96), mientras que otras voces sostenían el carácter cultural de la *derrota* de los años 70 (Casullo, N., 2007) habilitando nuevas formas de intervención democrática de izquierda en la búsqueda de sociedades más igualitarias.

- 26 En este sentido, nos parece atinado retomar algunas de las conclusiones previamente trabajadas en otra ponencia: “*Como señala Laclau, mientras que en Europa se ha dado históricamente una ligazón entre liberalismo y democracia, lo innovador de este nuevo ciclo latinoamericano supone avanzar hacia una articulación definitiva entre lo nacional-popular y lo democrático. Esta idea, compartida por Emir Sader, Marco Aurelio García y García Linera, supone que mientras en Europa el liberalismo fue una ideología emergente con el ascenso social de la burguesía, en América Latina fue apropiada por las oligarquías primario-exportadoras aliadas al capital externo. De forma que aquí el nacionalismo antiliberal, dada su inserción en la periferia, surgió con un componente antiimperialista y popular no homologable al nacionalismo europeo, lo que colocó al populismo en la izquierda de la escena política (Marco Aurelio García, 2008:125; Sader, 2009:95; Laclau, 2005). Esta perspectiva resulta imprescindible para una adecuada interpretación de los actuales gobiernos latinoamericanos, distante de quienes extrapolan el modelo europeo a América Latina, como lo son las perspectivas institucionalistas, que renuncian a comprender la especificidad latinoamericana cuando pretenden infructuosamente encontrar en el hemisferio la misma ligazón entre democracia y liberalismo que existiera en Europa. De allí la importancia que tiene la complementariedad de los mecanismos de representación política con los procesos de alta movilización social (Marco Aurelio García, 2005:23) y de autorrepresentación de la sociedad que posibilitan la comunitarización del poder según García Linera (2009), la cual será fundamental para llenar de contenido el proceso latinoamericano en curso*”. [De la ponencia presentada por Mario Toer y equipo en el XXVII Congreso ALAS 2009, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, agosto-septiembre.]

también las que la conciben como un mero mecanismo de cooptación de la clase dominante (*obstáculo voluntarista*, propio de la izquierda), para avanzar en una concepción de la *democracia* que acepte el carácter constitutivo del conflicto como condición necesaria e insustituible para su propia profundización. Como advierte García Linera,

cometeríamos un gran error si esta presencia de lo democrático en la actual reflexión crítica, académica y política, entrara al juego del debate liberal instrumental, en su versión conservadora que define a la democracia como modo de selección de gobernantes, o en su contraparte liberal de izquierda, que asume la democracia como meramente un lugar donde se acumulan fuerzas para el golpe final: la insurrección, la lucha armada o la toma del poder (García Linera, 2010:300).

República, conflicto y democracia

Una de las *formas* de lo que denominamos el *obstáculo formalista* —bandera de la nueva derecha republicana en América Latina (desde el PAN mexicano, Acción Democrática en Venezuela, y hasta la Renovación Nacional de Piñera en Chile)— es la concepción liberal-instrumental que reduce la democracia a la mera selección de élites políticas y al funcionamiento de las instituciones, pensadas como instrumentos de regulación de la dinámica social sobre la base del acuerdo mutuo de actores políticos racionales que consensúan (independientemente de sus convicciones político-ideológicas), sin trascender el orden existente. La experiencia neoliberal arrojó pruebas suficientes para comprobar que el *mero funcionamiento de las instituciones* no basta para lograr democracias plenas. Por el contrario, su provocativo mensaje acaba siendo claro: “*Precisamos menos democracia*” (Anderson, P., 2003).

En este sentido, resulta importante poner en cuestión determinados supuestos fundantes de la *Ciencia Política*, resultantes de una “traducción” realizada por las corrientes de pensamiento que se vieran influenciadas por el *giro hacia el liberalismo de la socialdemocracia europea*, y por la escuela norteamericana. A partir de su preocupación por la *consolidación de las instituciones* en América del Sur —el remanido tema de la “transición democrática”—, estos conceptos resultan, en la actual coyuntura de discusión sobre los cambios institucionales, parte del arsenal de

la derecha. Así, la división formal de los poderes, en una visión abstracta del *estado de derecho* centrada en la defensa de la “seguridad jurídica” del derecho de propiedad, la preocupación por la “governabilidad” de las sociedades en crisis, y la exaltación del consenso (*dominante*) por sobre los valores que sostienen la comunidad política, son el principio y el fin de toda la reflexión “republicana” sobre las complejidades de *lo democrático* y los *procesos de cambio social*.

Frente a estas *lecturas* empobrecedoras de la *tradición republicana* que se hacen desde el pensamiento liberal, y ante los interrogantes que plantea la interpretación de los complejos procesos de crisis y refundación institucional del Estado nacional (como en Bolivia, Venezuela y Ecuador), o de los procesos de reformas (como en la Argentina, Brasil o Paraguay), desde otras perspectivas se ha comenzado a reflexionar en torno a la idea de *república*. Tales corrientes señalan la necesidad de “*recuperar una idea distinta sobre la república y sobre la política, una idea que hunde sus raíces en los principios fundamentales del republicanismo clásico, hoy reemplazados por los de un republicanismo distinto y también (...) más pobre*” (Rinesi, Vommaro y Muraca, 2008:71), habilitando una comprensión *dinámica* de las instituciones que posibilite conceptualizar los modos en que la *transformación institucional* y el *conflicto* pueden contribuir a la *consolidación de la democracia*.

Estas consideraciones suponen una recuperación del *antagonismo social* como elemento constitutivo de *la política*, uno de los temas de la teoría política desde Maquiavelo en adelante, que obligan a una fuerte resignificación del concepto de *república*, y de *lo democrático* en sí mismo, como elementos dinamizadores que permiten la profundización y el ensanchamiento de los márgenes de una *democracia popular y republicana* y de una esfera pública vibrante de lucha “agonista”²⁷ (Mouffe, 2007), abierta al *litigio* y los procesos de *subjetivación política* (Rancière, 1996).

27 “En lugar de intentar diseñar instituciones que, mediante procedimientos supuestamente ‘imparciales’, reconciliarían todos los intereses y valores en conflicto, la tarea de los teóricos y políticos democráticos debería consistir en promover la creación de una esfera pública vibrante de lucha ‘agonista’, donde puedan confrontarse diferentes proyectos políticos hegemónicos. Esta es, desde mi punto de vista, la condición *sine qua non* para un ejercicio efectivo de la democracia” (Mouffe, 2007:11).

Democracia, nuevas identidades y “subjetivación” política

Para poder dar cuenta de los procesos de aparición de nuevos sujetos democráticos con capacidad transformadora, el pensamiento político latinoamericano debe enfrentarse con la “concepción pluralista” de la democracia, otra de las fuentes de inspiración de lo que hemos llamado *obstáculo formalista*. Desde una posición “empirista”, esta perspectiva

parte de una serie de premisas sobre la sociedad, como la existencia de múltiples centros de poder con intereses diversos y fragmentados, la acusada propensión de un grupo de poder a contrarrestar el poder del otro, un consenso “trascendente” que une al Estado y la sociedad, el Estado como juez y árbitro de las facciones (Held, D., 1991:236).

No debe resultar sorprendente que las corrientes de pensamiento político que retoman —implícita o explícitamente— estos supuestos, tengan dificultades para dar cuenta de las *asimetrías estructurales de poder* que sustentan el *consenso social* sobre determinados *valores (dimensión ético-política de la hegemonía)*.

Por otra parte, las concepciones “pluralistas” son también tributarias de un entendimiento *estático* sobre la distribución del poder y de una idea en cierta medida esencialista acerca de la naturaleza de las *identidades políticas*, como mero reflejo de un interés preconstituido.²⁸ De allí que estas concepciones entiendan los procesos de *construcción de la voluntad política en democracia* como una mera agregación y desagregación de múltiples intereses fragmentados.

La interpretación de las formas en que se gestaron, desarrollaron, y conquistaron apoyo masivo, los distintos movimientos de protesta o impugnación del neoliberalismo en América Latina, exige, por cierto, la recuperación de *lo democrático* como *proceso de subjetivación*. Ello supone, según García Linera,

restablecer, como lo dijo Marx, la concepción crítica de lo democrático como acumulación histórica de clase, esto es, como modo histórico

28 El concepto de *sistemas de creencias convalidantes* de García Linera resulta un componente esencial para desbrozar el modo en que las prácticas sociales articulan y refuerzan el surgimiento de nuevas *identidades políticas*, emergentes, alternativas...

de la construcción de la des-subalternización de las clases laboriosas, como modo de revolucionarización social contra las carencias, las jerarquías, los monopolios materiales e inmateriales que hacen, de sectores sociales, clases (...) la democracia no solamente es un hecho adherido a la sociedad, sino que también es un hecho producido por la propia sociedad que se reinventa en las luchas sociales por subvertir los monopolios privados, las carencias materiales, las jerarquías de mandos, las restricciones privatistas, esto es, el conjunto de dominaciones que constituyen el orden capitalista (...) cada sublevación contra el orden de dominación es, a su modo, una resignificación del hecho democrático (García Linera, 2010:300-301).

En efecto, la emergencia de fenómenos tan disímiles como el *nuevo sujeto indígena de raíz nacional-popular* en Bolivia; la nueva identidad de los trabajadores brasileños con capacidad de interpelar a los “Sin Tierra” y a otros movimientos sociales; el surgimiento de un movimiento de inspiración nacional popular bajo el liderazgo de Chávez en Venezuela, y la nueva orientación del peronismo con capacidad de articulación con la protesta social en la Argentina, remiten a las formas contingentes en que los desposeídos introducen una *distorsión* cuando aparecen en el espacio público, organizados frente a un orden instituido que les niega su existencia y los invisibiliza (Rancière, 1996).

Algunas observaciones inconclusas

Hemos visto los principales desafíos conceptuales con los que tendrán que vérselas las fuerzas progresistas en la disputa ideológica para construir una nueva hegemonía; pero —como nos enseñara Gramsci— la disputa de ideas está anclada en una dimensión más de los procesos concretos de construcción política. Nada es definitivo. Todo es reversible. Hoy más que nunca se puede concebir al escenario latinoamericano como un conflicto donde se procuran afirmar o debilitar posiciones.

En este sentido, algunos de estos conflictos tuvieron contornos decisivos, como el que concluye con la consolidación de Evo Morales en Bolivia tras la dura puja con los escisionistas de la “media luna”; el renovado triunfo del Frente Amplio en Uruguay; o, del otro lado, el triunfo electoral de la derecha chilena.

En el primer caso, vale destacar la singular fortaleza de los pueblos y culturas emergentes en Bolivia, a los que no resulta tan sencillo aplicar las recetas del aturdimiento mediático, tan fértiles en

otras latitudes. En este contexto hay que resaltar la inmensa sabiduría que permitió evitar una y otra vez la provocación y el sometimiento al terreno beligerante que los jefes del bloque escisionista pretendieron imponer. Sin descuidar la movilización popular, en la mesa de negociaciones se hicieron las suficientes concesiones como para poner en evidencia quiénes eran los verdaderos enemigos de la unidad nacional. Y allí se hizo decisivo, en el momento más álgido, el aporte de los países de la región, sin excepción, reunidos en Santiago de Chile con su concluyente declaración de apoyo al gobierno de Evo Morales. Aunque se cediera terreno en algunos párrafos de la Constitución, la resultante bien valía la pena. La confianza en la conducción del proceso se consolidó y ha quedado establecida la clara primacía del MAS y sus aliados en casi todos los cuerpos colegiados decisivos del país. No pierde vigencia el viejo principio: en un proceso de construcción y consolidación hegemónica hay que saber dar un paso atrás para poder dar dos adelante. Como en toda la región, hay muchas cosas pendientes en la Bolivia de hoy, por lo que no es menor contar con las herramientas institucionales —Estado, organización política— que hagan eficaces los objetivos previstos; sin embargo, no cabe duda de que en el nuevo contexto regional el proceso boliviano se ha consolidado. Y que, en todo caso, la conflictividad persistente, como dice García Linera, tiene otra índole. Se trata de “contradicciones en el seno del pueblo” que hay que saber encarar y resolver para que no sean aprovechadas por el viejo bloque dominante.

En el caso uruguayo, a pesar del enorme esfuerzo de los partidos tradicionales por asociar a Mujica con su pasado Tupamaro, la mayoría del pueblo ratificó su confianza, consagrando a un candidato que se caracteriza por la manera coloquial con que afronta la disputa simbólica, lo que puede permitirle avanzar en los escenarios más permeables a la pretérita ascendencia de Blancos y Colorados. Para su elección como candidato, puede anotarse lo decisivo de la masiva participación democrática de las bases del Frente Amplio.

El triunfo de Sebastián Piñera en Chile ha querido ser visto como el anticipo de un viraje que comienza a poner límites al curso prevalente en la región; pero esto, hoy por hoy, no puede considerarse más que como un deseo de quienes le son ajenos. Las circunstancias chilenas son muy particulares dado que allí la derecha política, con su tradicional presencia, siempre había estado cercana de los guarismos que obtenía la Concertación, parapetada en el arraigo de una estructura primaria exportadora...

menos exitosa y en la consolidación de un empresariado que no oculta su afinidad con el modelo y que juega un destacado papel en el sostén y la reproducción de un sentido común acorde con estos objetivos. La Concertación nunca ocultó sus rasgos defensivos ante los recaudos económicos e institucionales predominantes y, para la ocasión, no podía aspirar a otro candidato socialista, después de dos períodos, sin resentir la base de apoyo del socio democristiano. Así se termina recurriendo al expresidente Frei, carente de suficientes atractivos, facilitando de este modo la verosimilitud de la campaña a favor del “cambio” de parte de Piñera. Pero el nuevo presidente sabe que no puede encarar todo cuanto quisiera y que quienes ahora se encuentran en la oposición cuentan con recursos suficientes como para proponerse un retorno al gobierno en el turno próximo.

En este “escenario abierto”, las elecciones parlamentarias venezolanas serán de suma importancia, ya que involucran a un actor fundamental que no por azar es tomado como blanco predilecto por quienes se oponen francamente al curso que sigue Latinoamérica. Lo que acontece en Venezuela siempre es piedra de toque en el escenario de la región. Es tradicional que en las elecciones que no suponen un cambio en el ejecutivo, es decir, que no ponen en juego la permanencia de Hugo Chávez en la presidencia, la abstención en los sectores populares resulta un hábito persistente. Con ello deberá lidiar el oficialismo, en el clima de alta polarización que conserva el escenario venezolano.

Las elecciones presidenciales en Brasil, en octubre, serán en cualquier caso decisivas. El oficialismo viene esforzándose por asociar el muy amplio respaldo al presidente Lula, con la exministra Dilma Rousseff, quien fuera elegida como candidata para continuar el rumbo, frente a un muy conocido candidato de la alianza del PSDB con la derecha, José Serra. Todo parece indicar que lo está logrando.

En el 2011, seguirá la confrontación en la escena argentina, donde, como sabemos, todo está por decirse.

Qué concepto de democracia, qué horizonte de Estado y qué construcción hegemónica devendrá de las disputas en ciernes también está por verse. Pero difícilmente la derecha consiga, a esta altura, revertir lo sembrado por las fuerzas alternativas de la región. Vaya entonces este aporte para aclarar algunos conceptos y dilemas con la intención de contribuir a hacer más contextualizable el debate en el que estamos inmersos.

Referencias bibliográficas

- Anderson, Perry (2003): “Más allá del neoliberalismo: lecciones para la izquierda”, en Emir Sader (comp.) y Pablo Gentili (comp.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, 2ª. ed., CLACSO, Buenos Aires.
- Anderson, Perry (2010): “Algunas observaciones históricas sobre la hegemonía”, *C&E*, Año II, N° 3, CLACSO, Buenos Aires, primer semestre.
- Bresser Pereira, Luiz Carlos (2007): “Estado y mercado en el nuevo desarrollismo”, en *Nueva Sociedad* N° 210, Buenos Aires, julio-agosto.
- Calveiro, Pilar (2005): *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Norma, Buenos Aires.
- Casullo, Nicolás (2007): *Pensar entre épocas*, Norma, Buenos Aires.
- CEPAL (2010): *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir* (coordinado por Alicia Bárcena, con la colaboración de Antonio Prado y Martín Hopenhayn), Santiago, Chile [disponible en <http://www.eclac.org/>].
- Chesnais, F. (2001): *La mundialización financiera*, Losada, Buenos Aires.
- Coelho, A., Mendonça, C. y Pérez Flores, F. (2010): “Participación ampliada y reforma del Estado”, en *OSAL*, CLACSO, año XXI, N° 27, Buenos Aires, abril.
- Cunill Grau, Nuria (2009): “El Estado en el Estado”, en revista *Nueva Sociedad* N° 221, Buenos Aires, mayo-junio.
- Felder, Ruth (2007): “Auge y crisis de las reformas neoliberales y transformación del Estado en la Argentina”, en Fernández, Arturo (ed.), *Estado y sindicatos en perspectiva latinoamericana*, Prometeo, Buenos Aires.
- García, Marco Aurelio, Guimarães, Juárez y Pomar, Valter (2005): *Socialismo no século XXI*, Fundação Perseu Abramo, San Pablo.
- García, Marco Aurelio (2008): “Nuevos gobiernos en América del Sur: Del destino a la construcción de un futuro”, en *Nueva Sociedad* N° 217, Buenos Aires, septiembre - octubre.
- García Linera, Álvaro (2008a): *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, CLACSO - Prometeo, Buenos Aires.
- García Linera, Álvaro (2008b): “Comentario a Toni Negri”, en *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano* N° 15, CLACSO, Buenos Aires, diciembre.
- García Linera, Álvaro (2010): “La Construcción del Estado”, en revista *Umbrales de América del Sur*, N° 10, CEPES, Buenos Aires, mayo - julio.
- Guimarães, Roberto P. (2008): “Estado, mercado y democracia: Oportunidades y límites de la participación ciudadana en el fortalecimiento de la gobernabilidad democrática”, en revista del CLAD *Reforma y Democracia* N° 40, Caracas, febrero.
- Haggard, Stephan (1998): “La reforma del Estado en América Latina”, en revista del CLAD *Reforma y Democracia*, N° 10, Caracas, febrero.

- Held, D. (1991): *Modelos de democracia*, Alianza, Madrid.
- Laclau, Ernesto (2005): *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lopes, I. (2010): "El posneoliberalismo", en revista *Umbrales de América del Sur* N° 7, Buenos Aires.
- López, Andrea (2003): "La nueva gestión pública: Algunas precisiones para su abordaje conceptual", Documento de Trabajo, Serie I, N° 68, INAP-DEI, Buenos Aires.
- Mouffe, Chantal (2007): *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Muraca, M. (2008): "Hegemonía, dialéctica de la diferencia", en Rinesi, E., Vommaro, G. y Muraca, M., *Si este no es el pueblo*, UNGS, Los Polvorines.
- Oszlak, O. (2000): "El mito del Estado mínimo: Una década de reforma estatal en Argentina". Trabajo presentado en el IV Congreso Internacional del CLAD sobre Reforma del Estado y de la Administración Pública, Santo Domingo.
- Rancière, Jacques (1996): *El desacuerdo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Reano, Ariana (2008): "Concepciones de la política, miradas sobre el populismo", en Rinesi, E., Vommaro, G. y Muraca, M., *Si este no es el pueblo*, UNGS, Los Polvorines.
- Sader, Emir (2009): *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Thwaites Rey, Mabel (2008): "¿Qué Estado tras el experimento neoliberal?", en revista del CLAD *Reforma y Democracia* N° 41, Caracas, junio.
- Thwaites Rey, Mabel (2010): "Después de la globalización neoliberal: ¿qué Estado en América Latina?", en *OSAL*, Año XI, N° 27, Buenos Aires, abril.
- Toer, Mario y equipo (2009): "Repensando la izquierda latinoamericana de nuestros días: La unidad de un proceso y la diversidad de sus particularidades". Ponencia presentada en el *XXVII Congreso ALAS 2009*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, agosto-septiembre.
- Vezzetti, Hugo (2009): *Sobre la violencia revolucionaria*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Vilas, Carlos (1997): "La reforma del Estado como cuestión política", en revista *Política y Cultura* N° 008, Universidad Autónoma de México, Xochimilco, México DF.
- Wang Hui (2009): *The end of revolution*, Verso, Londres.
- Williams, Raymond (2000): *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona.

REFLEXIÓN SOBRE ALGUNAS CUESTIONES DE LA ACTUAL COYUNTURA LATINOAMERICANA

**MARIO TOER, PABLO MARTÍNEZ SAMECK,
LEANDRO AGILDA, SANTIAGO BARASSI,
AGUSTÍN BURBANO DE LARA, NATALIA GARRIDO,
ARIEL GOLDSTEIN, LUCILA MELENDI,
FEDERICO MONTERO, AMÍLCAR SALAS OROÑO***

Introducción

En trabajos previos realizados por este grupo de investigación,¹ hemos procurado caracterizar el nuevo ciclo político que se desplegó en Latinoamérica durante el transcurso de la última década, fundado en la impugnación del modelo neoliberal que dominara con extraordinaria fortaleza durante el período previo. A partir de la creciente confluencia de los procesos de cambio que se desarrollan en los diversos espacios nacionales, y sin desconocer las características propias de cada cual, consideramos que la dinámica regional se ha constituido a su vez en un ámbito que prolonga, complejiza y retroalimenta las disputas por la hegemonía en los espacios nacionales. Un año atrás caracterizamos provisoriamente la etapa en curso como de inédita disputa hegemónica, de carácter abierto y presumiblemente prolongada.²

* Miembros del Ubacyt: "Las disputas por la hegemonía en el siglo XXI latinoamericano: el nuevo carácter de los conflictos" (Director: Mario Toer. Co-Director: Pablo Martínez Sameck), Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) – UBA (martoer@gmail.com).

1 Véanse Toer, Martínez Sameck *et al.* (2009, 2010a, 2010b); Toer (2007); Toer, Martínez Sameck y Diez (2004, 2005).

2 Véase Toer, Martínez Sameck *et al.* (2010a).

Nuestra intención en las siguientes páginas será presentar el modo en que algunas de las características de la coyuntura actual están afectando y condicionando esta disputa hegemónica en curso. Al respecto, nos referiremos fundamentalmente al pleno despliegue de la crisis capitalista internacional y a la novedosa situación relativa en que los países de la región se enfrentan a ella, tanto material como simbólicamente. Esta aproximación implicará también la apertura de una serie de cuestiones problemáticas relativas a los modos en que el despliegue del ciclo de los gobiernos *posneoliberales* modificó las realidades políticas, sociales e identitarias de algunos escenarios nacionales y del escenario regional.

I. El nuevo ciclo político

Las fuerzas políticas cuestionadoras del neoliberalismo, que fueron accediendo al gobierno en un creciente número de países de la región, son apreciablemente heterogéneas, en su origen, su composición, despliegue y también respecto de los *discursos movilizantes*³ que los constituyen. Sin embargo, no sólo se aproximan y apoyan mutuamente en función de la dinámica regional y de una significativa coincidencia de objetivos tácticos y estratégicos a nivel interestatal, sino que también comparten —en buena medida— una serie de características comunes de la mayor relevancia, incluso considerando las notables diferencias que cada escenario representa.⁴

A su vez, en la mayoría de los países se observa un empleo activo de recursos para una intervención en las variables económicas orientada a la redistribución progresiva del ingreso y a la mejora de las condiciones financieras de los propios Estados. Una

3 Véase Toer, Martínez Sameck *et al.* (2010a).

4 Por cierto, es menester destacar que los procesos aludidos se concentran principalmente en la región sudamericana, en cuyo espacio también se desarrolló una dinámica de integración multidimensional autónoma de singular potencialidad. En efecto, la región latinoamericana exhibe significativas diferencias entre los países que han ido recobrando una creciente independencia económica y política respecto de los Estados Unidos de América, y aquellos cuya dependencia de la potencia se ha ido reforzando en sus aspectos económicos, políticos y de seguridad. Estos últimos se hallan concentrados mayormente en la subregión centroamericana y el Caribe y, aunque de un modo más complejo, incluyen a México. Por este motivo, y debido a la carencia de espacio para un análisis más abarcativo, y ciertamente más complejo, en este trabajo trataremos solamente de la región sudamericana que, de por sí, exhibe una variedad considerable en sus casos nacionales.

nueva orientación en numerosas políticas públicas de la región procura recuperar para el Estado su papel interventor, mediador y regulador sobre el ámbito privado, para poder —eventualmente— reconstituir su rol de garante de los derechos sociales. Dados de una mayor autonomía financiera, y de una considerable legitimidad política, los nuevos gobiernos han podido crear y desarrollar, mediante las transferencias de recursos, políticas sociales de largo alcance orientadas a revertir las consecuencias socioeconómicas de la etapa precedente. En efecto, la legitimidad que la política recobra socialmente como herramienta legítima de transformación es a la vez causa y consecuencia de las transformaciones ocurridas en la arquitectura estatal y de las propias funciones que iría adquiriendo el Estado posneoliberal (Toer, Martínez Sameck *et al.*, 2010a).

Los cambios asociados a esta etapa no implican, pues, sólo una transformación del paradigma del rol del Estado, sino que se basan, fundamentalmente, en un retorno a la centralidad en el espacio público de movimientos y sectores sociales de diversa índole, lo que se ha dado en llamar una *accountability movimentista* (Monedero, 2007) que actúa a partir de reclamos y reivindicaciones de derechos específicos, y que precede, condiciona y excede a la propia praxis gubernamental. Siendo una de las características del propio ciclo político que nos ocupa la articulación entre gobierno y los movimientos sociales impugnadores del neoliberalismo, la relación entre *democracia, conflicto y cambio social* se halla inscrita en el propio seno de las fuerzas políticas con vocación transformadora en la región, en una compleja dialéctica respecto del rol del Estado adecuado a esta etapa.⁵

Una rápida mirada sobre el giro político en Latinoamérica permite constatar la estrecha vinculación entre los procesos de cambio y las prácticas democráticas. Se asiste a un ciclo que combina *ampliación y radicalización de la democracia, lo que implica la relegitimación de las elecciones como instancia privilegiada de definición del rumbo político de las sociedades,*⁶ pero también, dis-

5 Podemos afirmar entonces, con García Linera (2008:10), que “(...) hoy en día estamos ante una *lucha hegemónica, que toma la forma de una guerra de posiciones —en el sentido gramsciano— en la que el Estado sí importa como el espacio de disputa de todos los ámbitos de la vida y como el lugar de consolidación de procesos redistributivos de la riqueza social*”.

6 Aspecto *procedimental* que prolonga, de algún modo, los temas del período de la transición democrática en Latinoamérica. Al respecto, véase Ipar y Cortés (2008).

tintivamente, la valorización y centralidad de la movilización popular y de otras nuevas formas de participación política que tienden a ampliar permanentemente los límites del espacio público y de la esfera democrática, redefiniendo el sentido mismo de lo que significa “política democrática” y dotándola a su vez de una creciente intensidad (Ipar y Cortés, 2008). Este proceso expande la (re)politización de una cada vez más compleja sociedad en torno a crecientes esferas de la vida, avanzando sobre cuestiones antes incuestionadas y aparentemente incuestionables (como las que atañen a los temas de género), evidenciando la reactualización del *conflicto* como el elemento central de la política en democracia.

En el plano regional, el proceso de consolidación de los vínculos políticos y económicos entre los países mejora, a su vez, las capacidades autónomas de los Estados. La coordinación intergubernamental de las políticas, en la medida en que permite potenciar y resguardar la continuidad de los procesos iniciados en cada uno de los países, se convirtió de este modo en una cuestión fundamental.⁷ Las alianzas a nivel político han tenido también sus correlatos económicos, a través de la constitución de mercados regionales, de variado alcance y de mecanismos diversos, o mediante la coordinación de políticas monetarias y financieras, a partir de las cuales una masa del capital productivo es efectivamente desconectada de la circulación que orientan los centros de poder globalizados.

II. La crisis internacional

En un contexto de crisis financiera y económica con vértice en los países centrales, y que también es expresión de un reacomodamiento de las relaciones de poder globales, los grados de autonomía adquiridos por acción del Estado resultan de crucial importancia para explicar la relativa indemnidad con que los países de la región sudamericana se han enfrentado hasta ahora al despliegue de la crisis global. No se trata sólo de la relativa independencia respecto de algunos mecanismos de transmisión de la crisis por la vía financiera, sino, fundamentalmente, de los intentos de amortiguar los efectos de la misma sobre los niveles de activi-

⁷ Del mismo modo, la institucionalización de tales mecanismos de cooperación y coordinación intergubernamental cobran cada vez mayor importancia. La creación y la creciente gravitación de la Unión de Naciones Sudamericanas es una muestra de ello.

dad y de empleo, con la intención de sostener la demanda y la producción, en clave neokeynesiana.

Es menester destacar que los cambios ocurridos en los patrones del comercio y de la producción global, en estrecha correlación con el ascenso económico y político de los países asiáticos y con la reconfiguración del esquema de poder global, son factores clave para explicar la posición relativamente estable para los países sudamericanos a partir de su creciente y cada vez más diversificado comercio exterior. Este factor se hace presente también en los países de la región que no podemos considerar parte del ciclo político posneoliberal.

En efecto, el hecho de que la crisis económica mundial no sólo no haya detenido el proceso de integración regional sudamericana en curso, sino que más bien lo haya intensificado,⁸ es otra muestra de que la voluntad política de los liderazgos nacionales, sustentados por las mayorías, y pertenezcan o no al conjunto de los gobiernos progresistas, interpretan la opción del reforzamiento de la articulación regional como el modo más conveniente de plantarse frente al mundo, lo que también nos ayuda a pensar que el proceso de la UNASUR posee una dimensión pragmática y proactiva, y no solamente una mera posición reactiva antineoliberal. Todo esto, de hecho, revalida y refuerza la opción por la coordinación interestatal y el desarrollo de una perspectiva regional para un espectro creciente de políticas, abarcando desde temas de seguridad a los financieros, e incluso sociales.

III. Crisis del discurso neoliberal

El pleno despliegue de la crisis global afectó también las bases ideológicas y simbólicas del modelo neoliberal al evidenciar la carencia de respuestas efectivas de los países centrales y de los organismos multilaterales ante la crisis. En efecto, este proceso no sólo ha demostrado las virtudes y beneficios derivados de un mo-

⁸ Recientemente, la creación del Consejo de Economía y Finanzas de la UNASUR, los debates en torno a la creación de un fondo común de reservas para auxiliar a los países en crisis, el aliento al comercio intrarregional desdolarizado y el nuevo impulso al Banco del Sur, entre otras medidas destacables, se pueden ver como parte de la búsqueda activa de nuevos acuerdos cuyo fin es el de generar una mayor independencia financiera y política respecto de los poderes globales, presionar por reformas en los mecanismos de gobernanza global (en temas como el FMI, las transacciones financieras, los paraísos fiscales, la OMC, etc.), así como también para reducir asimetrías entre los países de la región.

do de concebir el rol del Estado en la economía, y el papel del espacio regional sudamericano, sino que también ha contribuido a restar sustento y solidez a los discursos movilizantes que solían esgrimir los sectores conservadores en cada uno de los países de la región.

En este sentido, y considerando la particular centralidad que exhibe el aspecto *cultural y simbólico* para la disputa hegemónica en curso (Toer, Martínez Sameck *et al.*, 2010a), la crisis que hoy despliega sus mayores efectos en los países centrales contribuye notablemente a restar recursos a las fuerzas políticas sudamericanas que pretenden impedir y revertir los procesos de cambio del ciclo político posneoliberal. En definitiva, la posición de quienes impugnan la revalidación del papel del Estado parece volverse cada vez más frágil, tanto en cuanto a sus potencialidades políticas como en su efectivo peso electoral.

En la medida en que se agudizan las tensiones sociales frente a los recortes del gasto social y al desmantelamiento del Estado de Bienestar en Europa, y se asiste, a un lado y otro del Atlántico Norte, a un creciente cuestionamiento al elitismo de la alta política y de las altas finanzas que manifiestan los “indignados” y los que se reclaman el 99%, es inevitable considerar el retorno de la centralidad de la cuestión del *Estado democrático* respecto de la economía financiera globalizada, del desarrollo económico y social, y de la efectiva calidad de la política democrática. Todos estos aspectos se han mostrado como cuestiones centrales en la dinámica de los gobiernos posneoliberales en Latinoamérica.

También en nuestra región, la nueva centralidad que la crisis global ha otorgado a la cuestión del Estado se pone de manifiesto en el reciente cambio de gobierno donde regía un “exitoso” modelo neoliberal, el peruano, donde Ollanta Humala triunfó montado en la consigna de que el Estado debe intervenir para que el crecimiento alcance a quienes el mercado dejó por fuera. Del mismo modo, en los otros países sudamericanos que más definidamente preservan su perfil neoliberal, esta cuestión se ha hecho presente con el estallido de tensiones sociales que replican las que ocurren en los países centrales, como en el caso chileno, con la irrupción estudiantil que ha trastocado el inmovilismo de la escena política, o a través de la introducción de variantes de acercamiento a los países de la región, como en el caso de Colombia.

Incluso en Bolivia, el *gobierno de los movimientos sociales* ha entrado en una fase donde el Estado recobra centralidad respecto

de su dialéctica con sus bases, en la medida en que se extienden y profundizan los así llamados “conflictos en el seno del pueblo” (García Linera, 2011).⁹

Por otra parte —como ya veníamos observando (Toer, Martínez Sameck *et al.*, 2010a)—, la cuestión de la democratización de los medios, en tanto disputa por el *sentido de lo social* (Martínez Sameck, 2011), se constituye en una parte central de la lucha hegemónica, con distintas características e identidades. Esto explica la relevancia de las legislaciones promovidas en varios países de la región, en una dinámica que también demuestra la existencia de un ciclo de realimentación nacional/regional en el procesamiento de determinadas cuestiones de agenda.

Las legislaciones promovidas fundamentalmente en Argentina y Venezuela, pero también en Ecuador y Bolivia, o de manera más incipiente en Brasil, apuntan a fortalecer la calidad de la deliberación democrática y del espacio público, fracturando la apropiación privada de la mediatización simbólica del acontecer social por los grandes medios corporativos de información (De Moraes, 2011), que se habían constituido en el buque insignia de los *aparatos ideológicos del mercado*.¹⁰

En efecto, las grandes empresas de la comunicación se cuentan, en cada país, entre los más importantes opositores a los procesos de cambio. Y, a menudo, a la vanguardia de todos los sectores opositores. El diario *El Comercio* fue el bastión de la batalla en contra de la elección de Humala, lo que incluso motivó la renuncia de Vargas Llosa. En Venezuela, persiste el enfrentamiento del Gobierno con los medios, que ya fueron propulsores del fallido golpe de Estado contra Chávez en el 2002. En Brasil, los diarios, canales de noticias y revistas más importantes (*O Globo, Folha de São Paulo, Veja*) continúan con su decidida oposición al Gobierno. Lo mismo sucede entre el gobierno argentino y el *Grupo Clarín* respecto de la aplicación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. En Ecuador, también se evidencia un creciente en-

⁹ Véase también Montero (2011).

¹⁰ “Las expresiones más directas de los aparatos ideológicos del mercado son los medios de comunicación, la publicidad, el ‘mundo de las compras’, y así sucesivamente. (...) Su mayor poder radica en su apelación al ‘sentido común’, a las necesidades comunes, que convierten a la gente en consumidores, siguiendo voluntariamente la lógica del mercado en la vida diaria” (Wang Hui, 2009). Citado en Anderson (2010:239).

frentamiento con los medios por la voluntad del gobierno ecuatoriano de aplicar una nueva ley de regulación.¹¹

En este conflicto permanente, los avances reales existentes nos colocan, por cierto, ante un ciclo linealmente ascendente de legitimidad de los proyectos populares, sino que estos se hallan en la permanente necesidad de revalidar, *palmo a palmo*, su posicionamiento simbólico en la *producción social del sentido* (Martínez Sameck, 2011).¹²

IV. Reflexiones finales sobre la consolidación de los procesos de cambio, y las perspectivas futuras para la región

Si bien es sabido que la disputa hegemónica permanece abierta, las consecuencias de la crisis capitalista global aún no pueden ser determinadas, y los conflictos y contradicciones propios de cada proceso nacional no han sido resueltos, ni lo serán al menos en el corto y mediano plazo. Los más recientes resultados electorales en los distintos países de la región evidencian que la prolongación del ciclo político posneoliberal cuenta con bases consistentes, en donde se observa una capacidad de renovación de parte de los gobiernos progresistas para canalizar y satisfacer las demandas populares. Esto hace prever ciertas continuidades en su capacidad para el manejo del aparato del Estado. Persistencia que resulta fundamental en relación a la disputa hegemónica, en tanto asegura la posición privilegiada de estos gobiernos para definir políticas públicas, continuar con las transformaciones al interior mismo del aparato del Estado¹³ y consolidar las instancias políticas y económicas de integración regional.

11 Más recientemente, con posterioridad a que redactáramos este texto, el diario *ABC Color* fue un factor decisivo en la legitimación del golpe institucional contra el presidente Lugo en Paraguay.

12 La naturaleza de esta "batalla" puede apreciarse en el hecho de que, posteriormente, como es bien sabido, muchos de los gobiernos que habían visto mermada su capacidad de interpelación fueron revalidados electoralmente, al tiempo que las fuerzas que procuraban detener estos procesos fueron virando progresivamente hacia variantes de crítica institucional "republicana" (Toer, Martínez Sameck *et al.*, 2010a), impugnadoras de los gobiernos posneoliberales pero menos disruptivas. Así y todo, hasta el momento la recuperación política de estos últimos parece ser de alcance limitado.

13 Resulta importante destacar que las recientes transformaciones del Estado son el resultado de unas cambiantes correlaciones de fuerza, de luchas y enfrenta-

Este nuevo escenario que se va delineando, y que parece consolidar las transformaciones de la etapa anterior, abre por cierto algunos interrogantes de la mayor importancia: ¿ha sido superado el momento más crítico de la impugnación y la contraofensiva conservadora? ¿Esta nueva etapa llevaría a un descenso de las dinámicas generadoras de conflictividad de parte de los gobiernos progresistas, o más bien indicarían que pueden alentar su profundización? ¿Podemos considerar que ciertos aspectos característicos de la etapa posneoliberal han arraigado como prácticas y discursos legítimos en el conjunto de la sociedad (ya sea respecto al rol del Estado, a la revalorización de la política, o de la asunción del conflicto como un elemento constitutivo de lo democrático)?

No hay dudas de que gran parte de las derechas en el subcontinente sudamericano experimentan un momento de confusión y redefiniciones. Después de haber exhibido una relativa potencia respecto de su capacidad impugnadora del proceso progresista, lo que se vio reflejado tanto en algunos resultados electorales como incluso en amenazas directas al orden institucional durante los años 2008 y 2009, las fuerzas conservadoras no tuvieron la capacidad de traducir ese momento político en una alternativa de gobierno real y plausible para la ciudadanía. Esta impotencia responde en cierta forma a un conflicto de identidad: la profunda crisis que afecta a las potencias occidentales, como hemos venido sosteniendo, representa el colapso del horizonte de referencia al que históricamente habían apelado a la hora de pensar y articular sus programas de gobierno (Salas Oroño, 2011b). Estas dificultades, conjuntamente con la iniciativa y el éxito de los gobiernos posneoliberales en la ampliación de derechos y para lograr mejoras en los niveles de consumo popular, explican la recuperación y consolidación de estos en detrimento de los proyectos neoconservadores. De esta forma, y pese al ataque constante de los grupos mediáticos concentrados, constituidos hoy en el principal articulador y ariete de las oposiciones corporativas y políticas, se corrobora que asistimos a un (re)fortalecimiento de los gobiernos posneoliberales, lo que obliga a las derechas a repensar sus estrategias y reconfigurar sus discursos.

mientos por la redefinición del bloque histórico. A su vez, Cunill Grau (2009) establece que el desarrollo de un nuevo Estado comprometido con la creación tanto de ciudadanía como de mercados requiere una nueva teoría de la administración pública que aporte una concepción normativa (valores y propósitos) distinta de *lo público*, es decir, de una concepción que considere los cambios que signan los tiempos actuales.

De esta manera, el cambio en la correlación de fuerzas que la coyuntura actual muestra, abre un nuevo capítulo en la disputa hegemónica: por un lado, la continuidad de una batalla de larga duración contra los sectores impugnadores de la derecha neoconservadora y, por el otro, las disputas que se despliegan al interior de los armados políticos que conforman las coaliciones gobernantes, o entre quienes constituyen sus bases de apoyo. El difícil y necesario equilibrio entre conflictividad y conciliación con que los gobiernos progresistas han sabido llevar adelante sus políticas toma en este nuevo escenario una renovada importancia, en tanto que la consolidación de los gobiernos reactualiza la disyuntiva entre una estabilización de la gestión en torno a la conciliación de los intereses sectoriales, o bien hacia la profundización del proyecto posneoliberal entendido como horizonte de radicalidad democrática.

Pero esta definición no depende exclusivamente de la voluntad de los gobiernos. En esta puja por la definición del rumbo de los procesos, las instancias electorales por cierto se revelan como un momento clave de la disputa, en la medida en que reactualizan y renuevan la legitimidad de los liderazgos y de las posiciones institucionales en general, cristalizando una correlación de fuerzas. Pero las elecciones no representan, de por sí, el momento excluyente de la política. Varias de las experiencias de la región han sabido construir, en mayor o menor medida, legitimidades desde formas de politización alternativas a la arena institucional (Monedero, 2007).

Por ejemplo, algunas de las tensiones que hoy emergen de la propia consolidación de los procesos posneoliberales han sido caracterizadas por Álvaro García Linera como “contradicciones en el seno del pueblo” (García Linera, 2011; Montero, 2011). Es decir, problemas relativos al papel que cada uno de los actores políticos y sociales al interior del campo popular pueden o deberían ocupar en la dinámica general de los procesos de cambio. Las diferencias entre la COB, algunos grupos indígenas radicalmente autonomistas y el gobierno boliviano, entre sectores del sindicalismo y el gobierno argentino, o entre algunos movimientos indígenas y el gobierno ecuatoriano podrían situarse en esta tendencia. Estos nuevos conflictos parecen ser una problemática propia de los procesos en estado de consolidación, en la medida en que la persistencia de las experiencias de gobierno plantean siempre nuevas instancias de disputa acerca de cuáles son las prioridades y cuáles los medios para materializarlas.

El escenario de disputa permanece abierto. En esta nueva etapa de consolidación y continuidad de las experiencias posneoliberales, la movilización y organización de los sectores populares y medios será crucial para la profundización de los procesos en marcha, en tanto alimentará la conflictividad y la disputa por una ciudadanía plena. El desafío consistirá en la capacidad de canalizar y articular estas demandas por intermedio del Estado, y de traducirlas en reclamos legítimos que interpelen a las mayorías.

Por último, nos interesaría plantear e introducir tres tendencias que, a nuestro entender, son centrales en este nuevo escenario, y que evidencian el paso a una nueva etapa de disputa en la región. Estas son: la configuración de una subjetividad posneoliberal, los cambios estructurales de la sociedad y sus perspectivas, y el rumbo que la integración regional habrá de tomar.

No hay duda de que en los últimos diez años una batería de políticas públicas y de nuevos discursos movilizantes han irrumpido en la escena política sudamericana, ni de que estos hayan generado profundos cambios al interior de cada sociedad. Sin embargo, es preciso preguntarse qué prácticas, instituciones y discursos propios del neoliberalismo persisten o se redefinen en esta nueva etapa. Siguiendo esta línea, consideramos necesario problematizar qué tipo de subjetividades emergen de la relación contradictoria que se genera entre el *boom* de consumo que el crecimiento económico de la región posibilita (en dos palabras: “*más mercado*”) y la repolitización de la vida y la revalorización de lo público que los gobiernos posneoliberales propugnan (“*más Estado*”).

Una combinación heterodoxa entre Estado y mercado, ambos expandiéndose y fortaleciéndose, ha caracterizado los últimos años de recuperación y crecimiento regional. A partir de diferentes mecanismos y políticas sociales, los Estados han posibilitado, en mayor o menor medida, el acceso masivo al mercado de amplios sectores de la población, fortaleciendo el mercado interno y levantando como bandera la recuperación de la capacidad de consumo. Sin embargo, esta superposición de lógicas plantea profundos interrogantes, en la medida en que cada instancia de socialización —mercado y Estado— alienta y potencia subjetividades diversas, por no decir contradictorias. Individualismo, éxito personal y realización material en el mercado conviven y se mezclan con valores como *igualdad, nación y comunidad*, constitutivos del discurso “estatal”. ¿Cómo se articulan y entrelazan estas dos lógicas? ¿Una se impone a la otra o conviven eclécticamente?

Esta socialización en el mercado (Salas Oroño, 2011b) no es idéntica a la de los años neoliberales, en tanto no se pretende la última ratio de lo social sino que se metaboliza conjuntamente con el impacto directo que el Estado resume en términos de la organización material y simbólica de la realidad. En efecto, en estos últimos años se ha dado una cierta resocialización política de la ciudadanía, promovida por la acción directa o indirecta del Estado. Hoy existe una mayor conciencia colectiva respecto de la injerencia que puede tener el Estado en la vida cotidiana (Salas Oroño, 2011b). Este es el punto central, y el desafío, que plantea la contradicción entre consumismo y politización: lograr traducir el acceso al mercado como una instancia política, como un proceso de democratización del consumo en el que ya no sea la “mano invisible” del mercado el agente principal, sino el Estado, que aparece como garante del proceso a través de políticas sociales, productivas y tributarias.¹⁴

Esta centralidad que la disputa por el sentido del consumo tiene en el actual escenario responde a cambios en la estructura social de muchos de los países de la región. Entre 2004 y 2010 decenas de millones de brasileños se incorporaron a la clase media; el proceso de pauperización de la población argentina se revirtió desde 2003, recuperándose hacia 2010 el porcentaje de hogares de clase media que existían previamente a la década del 90; y la masiva oleada migratoria que abandonaba Ecuador y otros países —un fenómeno que atravesó a todas las clases sociales— no sólo se detuvo, sino que se ha revertido. La irrupción de estas nuevas clases medias o la recuperación de las que se habían visto pauperizadas representan un cambio sustancial respecto a los años en que se forjaron los liderazgos y se iniciaron las experiencias políticas posneoliberales. Es por esto que cabe preguntarse si el perfil, la agenda y el voto de los distintos sectores sociales no han sufrido alteraciones a partir precisamente de esta recuperación y la consecuente transformación social.

La instancia propiamente reparadora que hasta hoy ha representado el eje central de los gobiernos progresistas de la región puede estar, por lo tanto, llegando a un epílogo, lo cual exige

establecer una nueva relación con la ciudadanía, y una cierta renovación de la agenda política. El trauma social que representó la debacle neoliberal se presenta más como un mal recuerdo del pasado que como la referencia fundamental en función de la cual se deberían definir las medidas de gobierno. Traduciendo este razonamiento en clave argentina: nos hallamos bastante lejos del “infierno”.

Es en esta perspectiva en la que, creemos, debe leerse el triunfo de Ollanta Humala en el Perú y la moderación de su discurso y de su programa de gobierno. En un contexto de crecimiento económico y de estabilidad, el presidente electo por Gana Perú no presentó una propuesta radicalizada y completamente impugnadora del modelo vigente, sino que centró su discurso en la recuperación de lo estatal como factor fundamental para la redistribución de la riqueza y la democratización del país, sin cuestionar de lleno el patrón de acumulación. Esta moderación, atendiendo al particular peso que el influjo neoliberal contaba y aun cuenta en Perú, más que un retroceso o un debilitamiento del avance progresista, puede entenderse también como una señal de la consolidación del ciclo. El éxito de los gobiernos posneoliberales de la región para conjugar crecimiento económico y ampliación de derechos sociales, sobre el trasfondo de la crisis económica con epicentro en los países centrales, reinstaló al Estado como el actor fundamental para la regulación económica y la democratización de la sociedad. De esta manera, el triunfo de Humala, el debilitamiento del gobierno de Piñera o la revalidación de los proyectos políticos progresistas en las urnas parecen ser, todos, una reivindicación del Estado como instancia privilegiada para la organización de la vida social.

Esta nueva centralidad del Estado como regulador precisa de un soporte cada vez más importante en la profundización de los procesos de integración regional. Si hace un lustro el proceso de convergencia entre algunos gobiernos de la región respondía más a la afinidad ideológica entre sus líderes y a una estrategia reactiva frente al avance del proyecto hegemónico del ALCA, las más recientes cumbres de la UNASUR parecen mostrar aspectos cualitativamente distintos respecto de la lógica del proceso de integración. La UNASUR, que venía representando un efectivo blindaje democrático para gobiernos que, más allá de las evidentes diferencias ideológicas entre ellos, se enfrentaban a fuertes disputas de interés al interior de sus fronteras, ha venido expandiendo permanentemente sus ámbitos de actuación. Considerando tam-

14 La incapacidad de los gobiernos progresistas en traducir la injerencia de sus políticas macroeconómicas en beneficio de los sectores medios urbanos, explica parcialmente la reticencia de estos a votar por los proyectos que aseguran su “éxito personal”.

bién las dificultades que la Alianza del Pacífico encuentra para constituirse como un polo político alternativo de relevancia, y la baja factibilidad de plantear posicionamientos aislados en el complejo escenario internacional, incluso los gobiernos que se mantienen por fuera del *ciclo progresista* han optado por intensificar su integración en la UNASUR.

El carácter abierto e inconcluso de la Historia y, en particular, de estas experiencias *sui generis* de los gobiernos posneoliberales, nos obliga a recaer una vez más en la remanida formulación de que nos hallamos “frente a un *nuevo escenario regional*”. Sin embargo, esta etapa que ya lleva aproximadamente una década de desarrollo y que se ha caracterizado por un nuevo rol del Estado y de la Democracia, en tanto arena de lucha y disputas sociales, así como por la emergencia, consolidación y previsible continuidad de numerosos actores sociales y políticos, nos hace preguntarnos si no estamos tan sólo ante “un nuevo escenario”, sino quizá también ante la consolidación de un *nuevo bloque histórico* posneoliberal sudamericano.¹⁵

Referencias bibliográficas

- Anderson, Perry (2010): “Algunas observaciones históricas sobre la hegemonía”, *C&E*, Año II, N° 3, CLACSO, Buenos Aires, primer semestre.
- Becerra, Martín (2011): “La inmaculada concepción de los medios latinoamericanos en crisis”, en revista *Herramienta* N° 47, Año XV, Buenos Aires, julio.
- Carpineta, María Laura (2009): “La derecha se quedó sin su norte” (entrevista con Emir Sader), en *Página 12*, 18 de marzo.
- Cunill Grau, Nuria (2009): “El Estado en el Estado”, en revista *Nueva Sociedad* N° 221, Buenos Aires, mayo-junio.
- De Moraes, Denis (2011): *La cruzada de los medios en América Latina. Gobiernos progresistas y políticas de comunicación*, Paidós, Buenos Aires.
- García Linera, Álvaro (2008): “Comentario a Toni Negri”, en *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano* N° 15, CLACSO, Buenos Aires, diciembre.
- García Linera, Álvaro (2011): “Las contradicciones de la revolución boliviana”, en *Le Monde Diplomatique*, edición Cono Sur, N° 147, septiembre.
- Goldstein, Ariel (2009a): “Las encrucijadas en la transformación de las creencias movilizadoras de clases medias y populares en el kirchnerismo. Rupturas y continuidades”. Trabajo presentado en el *XXVII Congreso ALAS 2009*, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Buenos Aires, agosto-septiembre.
- Goldstein, Ariel (2009b): “Sobre el nuevo curso político latinoamericano y el operar de los sectores dominantes. Una aproximación a la nueva estrategia de la derecha en América Latina”. Trabajo presentado en el *IX Congreso Nacional de Ciencia Política*, Santa Fe, agosto.
- Ipar, Ezequiel y Cortés, Martín (2008): “La democracia en América Latina: ¿un proceso inacabado?”, en revista *Argumentos*, N° 10, Buenos Aires, diciembre.
- Martínez Sameck, Pablo (2011): “El eje profundo de la disputa por el *sentido* de la actual lucha por la Hegemonía, el Estado y la Democracia en América Latina”. Trabajo presentado en las *Jornadas Internacionales José María Aricó*, Córdoba, Argentina, 28 al 30 de octubre.
- Monedero, Juan Carlos (2007): “En dónde está el peligro... La crisis de la representación y la construcción de alternativas en América Latina”, en *Cuadernos del CENDES*, vol. 24, N° 64, Caracas, agosto.
- Montero, Federico (2011): “El conflicto en Bolivia y las contradicciones en el seno del pueblo”, en *Espacio Iniciativa*, 1 de octubre de 2011.
- Salas Oroño, Amílcar (2011a): “La antielitización latinoamericana”, en *Página 12*, 31 de mayo.
- Salas Oroño, Amílcar (2011b): “Estado, mercado y kirchnerismo”, en *Página 12*, 18 de agosto.
- Thwaites Rey, Mabel (2010): “Después de la globalización neoliberal: ¿qué Estado en América Latina?”, en *OSAL*, Año XI, N° 27, CLACSO, Buenos Aires, abril.
- Toer, Mario (2007): “Petras descubre que en Bolivia no se hizo la revolución social”. Trabajo presentado en el *50 Aniversario de la Carrera de Sociología: VII Jornadas de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, noviembre.
- Toer, Mario, Martínez Sameck, Pablo y Diez, Juan (2004): “Las miradas desde afuera a la izquierda latinoamericana. Un desafío”. Trabajo presentado en la *II Jornada Nacional de Sociología*, Universidad de Buenos Aires, octubre.
- Toer, Mario, Martínez Sameck, Pablo y Diez, Juan (2005): “El legado del pensamiento de izquierda y la construcción de alternativas en la América Latina de nuestro tiempo”. Trabajo presentado en el *XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 22 al 26 de agosto.

15 Al concluir estas líneas no se había producido aún la constitución de la CELAC que refuerza el sentido de nuestros señalamientos, ni tampoco había tenido lugar el golpe institucional en Paraguay y la salida de este y entrada de Venezuela en el MERCOSUR. Este último acontecimiento supone un costo que los golpistas paraguayos ni sus mandantes habían previsto, y finalmente son situaciones que, creemos, se compatibilizan con el análisis que veníamos haciendo.

Toer, Mario, Martínez Sameck, Pablo, Diez, Juan, Salas Oroño, Amílcar, Salerno, Nicolás, Agilda, Leandro y Salcedo, Gastón (2008): "Los elementos convergentes en los gobiernos y fuerzas alternativas de América Latina. Del ajedrez al go". Trabajo presentado en las *Jornadas Pre ALAS 2008*, Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes, Argentina, septiembre.

Toer, Mario, Martínez Sameck, Pablo, Garrido, Natalia, Salas Oroño, Amílcar, Goldstein, Ariel, Salerno, Nicolás, Diez, Juan, Salcedo, Gastón y Burbano de Lara, Agustín (2009): "Repensando la izquierda latinoamericana de nuestros días: La unidad de un proceso y la diversidad de sus particularidades". Trabajo presentado en el *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, agosto -septiembre.

Toer, Mario, Martínez Sameck, Pablo, Agilda, Leandro, Burbano de Lara, Agustín, Garrido, Natalia, Goldstein, Ariel, Montero, Federico y Salas Oroño, Amílcar (2010a): "Los desafíos del pensamiento progresista en el actual contexto latinoamericano. Hegemonía, Estado y Democracia". Trabajo presentado al *I Congreso Internacional Extraordinario de Ciencia Política*, San Juan, Argentina, agosto.

Toer, Mario, Martínez Sameck, Pablo, Garrido, Natalia, Goldstein, Ariel, Agilda, Leandro, Burbano de Lara, Agustín, Salas Oroño, Amílcar y Salerno, Nicolás (2010b): "Las estrategias de los gobiernos de izquierda y los intentos de restauración conservadora". Trabajo presentado en el *II Encuentro Internacional "Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional"*, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, marzo.

Wang Hui (2009): *The end of revolution*, Verso, Londres.

A LA BÚSQUEDA DE REFERENCIAS CONCEPTUALES PARA ABORDAR LA AMÉRICA LATINA DE NUESTROS DÍAS*

MARIO TOER Y FEDERICO MONTERO

Con cierta frecuencia, cuando se pretende hacer un abordaje conceptual de los nuevos tiempos que transcurren en Latinoamérica, suele decirse que no abundan las referencias, que prima una cierta orfandad teórica. Haciendo una concesión irónica a este cuadro de situación, Marco Aurelio García suele decir, evocando una afirmación de Luis Maira, que actualmente, quienes poblamos el ala izquierda del espectro político en la región "tenemos muchos más votos que ideas", a diferencia de los 60 o 70, cuando "nos sobraban ideas y nos escaseaban los votos". Aunque suponga alguna injusticia para quienes vienen haciendo aportes interesantes e importantes en nuestros días, valga la *boutade* para estimular el debate y convocar a que encontremos un territorio común en el que podamos ir expresando y cotejando ideas que contribuyan a orientar los cursos de acción que se multiplican en la región.

Por otra parte, bien se podría poner en cuestión la solvencia de los recursos teóricos con los que supusimos contar en aquellas décadas. Porque tan bien, no nos fue, y además, los tiempos cambiaron. Para intentar hacer un recuento que nos permita ser más justos con nuestras ideas de entonces y con las que hoy disponemos, nos vamos a permitir en estas líneas hacer una propuesta que permita encuadrar las unas y las otras.

* Ponencia presentada en las *Jornadas Internacionales José María Aricó*, Córdoba, septiembre de 2011. Retoma avances anteriores y anticipa los ejes de un trabajo más pormenorizado que se halla en curso.

Cabe agregar que, desde nuestro punto de vista, no resulta conducente ni preciso anunciar que un recuento de esta índole debería inscribirse en el contexto de lo que se ha dado en llamar “crisis del marxismo”. Las más de las veces la hipotética crisis es aludida en forma imprecisa, sin que se ahonde en sus presuntos componentes, y suelen confundirse las herramientas que nos legara el maestro de Tréveris con las deducciones llevadas a cabo en diversas circunstancias por quienes intentaron impulsar procesos revolucionarios inspirados, en alguna medida, en sus tesis y cuestionamientos al orden capitalista.¹

Nos parece entonces que resulta mucho más preciso hablar de una crisis de las teorías de la revolución que emergieron en épocas sucesivas y no alcanzaron plenamente sus objetivos y que, menos aún, pueden dar cuenta hoy de los tiempos que vivimos. Más que una “crisis del marxismo”, entonces, estamos ante un replanteo del escenario global, un cambio notorio en la correlación de fuerzas, tal cual venían siendo desplegadas. De allí la necesidad de repensar nuevas estrategias para nuevos escenarios.

Ciertamente, hoy en día no existen expectativas revolucionarias a la manera o en los términos que fueron frecuentes en buena parte del siglo XX. Y resulta innegable que los caminos que intentaron recorrerse entonces se encontraron con escollos insalvables. El tablero que supusimos ya no existe. La implosión de la URSS, los replanteos en China, los cuestionamientos y retrocesos del Estado de Bienestar, el consiguiente desconcierto en el movimiento obrero europeo y la frustración de los ensayos revolucionarios en América Latina, son datos que resultan decisivos para pensar el escenario contemporáneo.

Eso ha llevado a que algunos intelectuales, a veces considerablemente ilusionados en el pasado por los destinos de lo que supusieron reductos de socialismo o por la inminencia de alguna eventual rebelión triunfante, tiendan hoy a adjudicarle la responsabilidad por las carencias encontradas y las consiguientes frustraciones al “marxismo”. En cierto sentido resulta una manera de deslindar responsabilidades atribuyéndole las culpas al supuesto padre de la criatura. El camino más directo para el desencanto lo

transitan quienes provienen de la comarca del dogmatismo. Lo que conserva plena vigencia de la obra de Marx y Engels es el método de análisis y los supuestos que sostienen la práctica política, articulada con el movimiento social.² Quienes quisieron encontrar indicaciones precisas para sus tácticas o estrategias es natural que se hayan desengañado. En realidad, en la obra de Marx no hay ninguna promesa de una revolución a plazo fijo y menos aún de perdurables socialismos en rincones de la periferia. Es más, en su famoso Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* nos dirá de manera concluyente:

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.

Atendiendo entonces a lo acontecido en el siglo que se fue y a lo nuevo que ocurre en nuestro continente, trataremos de considerar cuál es su significado y en qué términos podemos asociarlos a los procesos revolucionarios, tal cual los conocimos, es decir, cómo transcurren o se asumen los aspectos que podemos considerar como constitutivos de una revolución en nuestro tiempo. Cómo se actualizan los debates en torno a sus aspectos centrales: el poder, el Estado, los protagonistas y sus formas organizativas, el control del proceso productivo y sus beneficiarios.

Creemos que resulta provechoso, al volver la vista atrás, imaginar aquellos momentos conmovedores, en los que se supuso que en algún rincón del planeta se estaba produciendo un amanecer, como si se transfiguraran en notables cometas, elevándose en el firmamento de sus contemporáneos. Con todo lo que supone esta impactante presencia estelar en el horizonte. Su luz no podía no ser cautivante para quienes veían nacer una esperanza. Muchos se sintieron convocados, con renovado entusiasmo, a emprender

1 El “marxismo” de un buen número de revolucionarios se debe más a un mote utilizado por los defensores del orden establecido, dispensado con generosidad y, muchas veces, con dobles intenciones, que a la correspondencia de sus prácticas con los supuestos implicados en la obra del autor de *El Capital*.

2 Para encontrar una puesta al día en estos debates resulta imprescindible adentrarse en la compilación recientemente editada de Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo (1840-2011)*, Crítica, Barcelona, 2011.

el nuevo rumbo. Miles de nuevos militantes se sintieron llamados a fundirse en marchas multitudinarias con las nuevas banderas y los nuevos himnos, desplegando jornadas muchas veces gloriosas que podemos evocar con persistente nostalgia y un cierto contenido fervor.

Así, en diferentes momentos, nos iremos encontrando con abundantes referencias explícitas a gestas precedentes. Pero tanta luminosidad también puede encandilar la mirada crítica que permite comprender en profundidad las particularidades de cada momento histórico. Ya desde la propia Revolución francesa y después con la Comuna de París, Octubre del 17, la Revolución china y entre nosotros la cubana, habrán de ser evocadas, a veces, como fuente provechosa de inspiración y otras, como auténticos grilletes a la imaginación.

Hoy en día no faltan los obstinados que manifiestan su insatisfacción por las dimensiones o la profundidad de los cambios que se están produciendo en nuestro continente, siendo frecuente que asocien lo que consideran sus límites a presuntas inconsecuencias o aun a traiciones o imposturas, dictaminadas desde sus antiguas certidumbres, imperturbables ante las nuevas evidencias del mundo real.

A nuestro modo de ver, todos los conceptos que adquieren cierta trascendencia teórica cobran su pleno sentido en el contexto en que se forjan y mal podemos desplazarnos con ellos graciosamente a través de la geografía o el calendario sin generar más confusión que esclarecimiento. De allí que nos parezca fundamental intentar discernir algunos rasgos que definieron épocas desde que Marx y Engels nos legaran el *Manifiesto comunista*. Con este propósito habremos de proponer la secuencia entre cinco grandes períodos que encuadraron en diferentes términos el pensamiento de izquierda desde entonces. Lo que aquí presentamos es un esbozo inicial sobre el que seguiremos trabajando para que los períodos que proponemos alcancen plena densidad y resulten nítidos los límites entre cada uno de ellos. Pensamos que en cada uno de ellos ciertos rasgos que ejercen primacía se trastocan abriendo cursos en los que emergen situaciones impensadas con anterioridad. Digamos por último, y no por ello menos importante, por cierto, que no debemos pretender encontrar en cada época coherencia y homogeneidades sino paradojas y contradicciones.

Al *primer período* podríamos llamarlo el de la *maduración del capitalismo*, proceso que se lleva a cabo en un puñado de países

promediando el siglo XIX y donde prevalece la condensación de sus contradicciones y conflictos en el interior de cada uno de ellos: la *burguesía* y el *proletariado* se están viendo las caras de frente, al interior de cada país, y la perspectiva de esa confrontación se remite al escenario que comparten. Lo que se llamó *clase contra clase*. Es el tiempo en el que Marx y Engels producen sus trabajos y en el que se constituyen la I y la II Internacionales, el tiempo de las disputas de las ideas marxistas frente a distintas variantes al interior del movimiento obrero. También habrá de ser el tiempo del primer gran debate sobre "Reforma y Revolución", siempre pensado para los países centrales.

En América Latina, la discusión es otra. Algunos pensadores con proyección y capacidad de liderazgo imaginan cursos en los que la región puede pretender una creciente independencia, pero su capacidad política no adquiere suficiente gravitación. La fuerza de los centros imperiales irá disponiendo otro destino.

Al *segundo período* podemos llamarlo el del *apogeo imperialista* y lo podemos situar emergiendo a fines del siglo XIX, alcanzando su clímax en las vísperas y durante la I Guerra Mundial, cuando el escenario de las disputas se ensancha y complejiza, incluyendo por entonces el desafío que supone el intento de construir un bastión proletario en parte de la periferia, lo que habría de ser la URSS. Será el tiempo en que Lenin, partiendo de las potencialidades que Marx ya había entrevisto cuando indaga en las características de las formas comunales de la antigua Rusia, y sobre la base de destacar la nueva fase que atraviesa el capitalismo, concibe un proceso revolucionario *sui generis* para su país. Se despliega la idea de que en ciertos lugares de la periferia puede iniciarse un nuevo curso revolucionario. Serán los "eslabones débiles" de la cadena que, en cualquier caso, deberán producir desplazamientos hacia el *centro* para poder consolidarse.

En nuestro continente será el tiempo de los primeros cuestionamientos al orden oligárquico, cuya máxima expresión será la Revolución mexicana, junto a variantes reformistas con objetivos más acotados. Con los esbozos industrialistas se produce el nacimiento de las primeras expresiones del movimiento obrero y el surgimiento de partidos de izquierda.

Al *tercer período* podemos llamarlo *crisis y confrontación*, y en él tendrán lugar conflictos de extrema dureza. Podemos pensar que se inicia con la crisis del año 1929, al cabo de la cual, a muy poco de andar, se percibe que no prosperan los intentos de expandir la re-

volución y dejar atrás el orden capitalista, sino que se produce un repliegue de la izquierda y un auge contrarrevolucionario, que tendrá su máxima expresión con la consolidación del poder del Tercer Reich en Europa, y como réplica, el acuartelamiento de la URSS. Seguirán los intentos de conformar Frentes Populares, la guerra civil española y, finalmente, el estallido de la segunda guerra planetaria, con su extendida estela de destrucción en escalas nunca vistas. En ciertos ámbitos de la periferia comienzan a emerger procesos que quieren recuperar autonomía de las metrópolis, en medio de la crisis, como ocurre en China, de una parte, y en América Latina con el despuntar de los llamados *populismos*.

Al *cuarto período* lo podemos llamar el de la *Guerra Fría y las rebeliones en la periferia*. Está signado, de una parte, por la configuración de un "Estado benefactor" que responde a las demandas del movimiento obrero en los países más desarrollados, en el contexto de lo que Eric Hobsbawm llamó "el ciclo de oro del capitalismo". Por otro lado, se agudiza la confrontación entre EE.UU. y lo que se llamaría *campo socialista*, con la cristalización del modelo soviético como extensión de un orden cuartelero. Completa el cuadro la expansión de los movimientos anticoloniales o antiimperialistas que se esbozaron durante la II Guerra y cobran nuevo vigor con la posterior configuración del llamado *Tercer Mundo* en los años 60, dando pie a la conjetura de que es posible constituir un *cercos* al centro imperial.

En América Latina asistimos al florecimiento y posterior ocaso de las experiencias de sustitución de importaciones, a una creciente radicalización política subsecuente, asociada al curso de la Revolución cubana. Surgirán intentos guerrilleros, las más de las veces enfrentando a gobiernos autoritarios, y también otros ensayos libertarios, como los que lideran Bosch, Goulart, Allende y otros, que habrán de ser tronchados por la represión alentada con la generalización de lo que se llamó la Doctrina de Seguridad Nacional.

Por último, el *quinto* sería el período actual, que podemos decir que se despliega de manera incontestable con la implosión de la URSS, que se conjuga con la puesta en evidencia del fracaso de la pretensión de componer un *cercos* de la *periferia* hacia el *centro*. El centro capitalista-imperialista, montado en una profunda revolución científico-técnica, todo un cambio de paradigma tecnológico, produce una mutación en las relaciones entre capital y trabajo y evidencia lo que puede considerarse, al menos, una transitoria con-

solidación de su primacía. Se expande así, asentado en un capital financiero cada vez más global, la modalidad del llamado *neoliberalismo* por casi todo el planeta. Pero esto no le brinda certidumbres intangibles y tampoco puede evitar la consiguiente emergencia de nuevos conflictos y protagonistas que, como en nuestra América Latina, nacen como respuesta e intentan conformar áreas o regiones que alcancen una creciente autonomía para mejor resistir las exigencias del dictado *neoliberal*. ¿Cómo podríamos llamar a nuestro tiempo? Se trata de un bautismo difícil pues muchos aspectos se encuentran en ciernes, otros en pleno desarrollo, y resulta incierto el curso que habrá de primar. Provisoriamente podríamos llamarlo el del *neoliberalismo y sus resistencias*.

Demás está decir que, cuando hablamos de períodos o épocas, no vamos a encontrar una muralla china entre ellas y podemos discernir cómo se van conformando en su interior los rasgos que después habrán de primar en la siguiente. A partir de este esbozo puede indagarse cómo los conceptos que pretendieron ser herramientas teóricas se adhieren a los contornos de lo que resultaba imaginable y deseable encarar como tareas propias de su tiempo.

¿Qué es lo que pervive como extemporáneo, con la consiguiente resistencia a redefinirse, o qué podemos recuperar de cada uno de estos períodos?

Del *primer* período tendremos la construcción que piensa a la revolución como llevándose a cabo a partir de un proletariado más o menos homogéneo que confronta con una burguesía, con el mismo esquema con que se la visualizaba un siglo atrás. La escena política en cada uno de los países mostraba a estas dos clases polarizando los conflictos, y la lógica interna del proceso indicaba que el incremento del número de los proletarios ponía en el horizonte un escenario no muy halagüeño para la minoría explotadora. Hoy debería ser evidente que la agrupación de lo diverso para confrontar con lo antagónico, como suele afirmar Lula, no puede forjarse con el molde de antaño.

El escenario se globaliza y complejiza y en cualquier caso los sectores que convergen, resisten o se oponen al orden vigente son diversos y no siempre confluyen espontáneamente. Abundan los debates sobre quiénes y cómo pueden constituirse como protagonistas, lo que nos conecta a su vez con el tema de la revolución posible.

Del *segundo* período, como emergencia de lo que fue el *cometa* de la Revolución de Octubre, perduran conceptos concebidos en condiciones específicas propias de la lucha contra Nicolás II o en

la apuesta que se centraba en alentar una insurrección en la Alemania del káiser Guillermo II, en la inmediata posguerra. Asalto al poder, *soviets*, son conceptos petrificados que perduran en algunos casos sin ningún desbrozo contextual. Las más de las veces sin contar con la riqueza analítica que llevara a Lenin a postular para Rusia, contra la ortodoxia de entonces, una *revolución democrática* particular, centrada en la alianza de obreros y campesinos.

El *tercer* período tiene, a nuestro modo de ver, la inmensa virtud que aporta el viraje del VII Congreso de la Internacional Comunista, tras gruesos errores y duras derrotas, que vuelve a poner sobre el tapete el tema de la construcción de un bloque de fuerzas social pero sobre todo político, para enfrentar al *enemigo principal*. Postura que habrá de asociarse a la notable riqueza de las notas de Antonio Gramsci, que habrán de permitir pensar a la revolución en términos de una sociedad moderna, donde la burguesía ha podido desplegar su hegemonía al constituir el orden en el que se sustenta.

El *cuarto* período aporta, en particulares circunstancias y en ciertas regiones, la concepción de que la principal fuerza motriz del proceso revolucionario no tiene por qué ser el proletariado. La alianza obrero-campesina se redefine para sociedades poco industrializadas, donde priman estos últimos, y donde se despliega la apuesta de que la revolución puede transcurrir *del campo a la ciudad*, con todas las diferentes versiones de lo que se llamó la *guerra popular*; con sus más altas expresiones en China y Vietnam. Las extrapolaciones fallidas se pondrán de manifiesto cuando se pretenda imponer este curso en sociedades donde existe una escena política centralizada o con suficientes espacios para la lucha política. En América Latina la concepción del *foco*, que incluso renunciaba, en un inicio, a vincularse a los propios campesinos, mostró largamente sus falencias. Posteriormente, con las versiones urbanas, se puso de manifiesto que esta suerte de jacobinismo de élite, excluía en los hechos la posibilidad de que las masas pudieran ser partícipes de la confrontación, obligándolas incluso a replegarse en distintos frentes para guarecerse y no ofrecer blancos fáciles.

El *quinto* período es el que vivimos, en el que el *centro* ha vuelto a remarcar la cancha, donde la “ciudad” retorna por sus reales, la guerrilla se acota a los márgenes y la política retoma el puesto de mando.

Y aquí es donde emerge la contestación latinoamericana, de donde queremos destacar algunas elaboraciones que han comen-

zado a establecer parámetros para repensar la presencia de lo nuevo y el lugar que ocupa lo viejo. Nos detendremos en algunas de ellas: las que han aportado Álvaro García Linera, Emir Sader y Marco Aurelio García.

Preocupado por adentrarse en la potencialidad revolucionaria de las grandes mayorías postergadas en Bolivia, tras los estragos de la etapa neoliberal, García Linera intenta componer una síntesis entre el pensamiento originado en Carlos Marx y el indianismo que cuestionaba el sometimiento colonial de los pueblos indígenas por centurias y hasta nuestros propios días. Se inspira en las reflexiones de Marx sobre las formas comunitarias campesinas para interpretar a los movimientos sociales bolivianos, atento a la necesidad de su presencia protagónica para cualquier transformación de la “abigarrada” sociedad boliviana. Superando las limitaciones del enfoque autonomista respecto del poder, Linera elabora, sobre la base de la resignificación del legado de Gramsci, un esquema de la disputa por el Estado con el centro en la reflexión sobre la construcción de una nueva hegemonía.

En relación a los desafíos que hoy debe afrontar la izquierda en América Latina, en el marco de lo que hemos considerado el actual período del neoliberalismo y sus resistencias, habrá de decirnos:

Creo que este es un ciclo muy novedoso que no tiene parangón en los últimos cien años de la historia política latinoamericana. Lo único común en el siglo XX latinoamericano fueron las dictaduras militares; fuera de eso, la Izquierda tuvo una presencia esporádica, descompasada de un lugar a otro. [...]

Esta situación tiene que ver, evidentemente, con el ciclo de crisis neoliberal continental que más o menos golpeó a todos los países de una manera casi simultánea en sus efectos y eso es lo que ha permitido una oleada continental de gobiernos progresistas que han asumido el control de los gobiernos. Por eso, este es un proceso muy novedoso: por su carácter continentalizado, por la búsqueda de políticas post-liberales —unas más radicales, otras menos—, porque es un ascenso de la Izquierda a través de las urnas, de la vía democrática, de la vía electoral; es novedoso porque, por primera vez, la Izquierda se plantea estrategias de carácter estructural coordinadas a nivel continental.

Antes la Izquierda manejaba la mirada del continente en términos de la conspiración revolucionaria y de la lucha armada, nunca en términos de economía, de comercio, de defensa. Son reflexiones muy novedosas: ¿en su vida había pensado imaginar la Izquierda eso!... así, la Izquierda está asumiendo una serie de retos que tie-

nen que ver con el ejercicio del gobierno, con una madurez de su propia reflexión. [...]

Estamos en un momento de reconstrucción plural muy rico y diverso en el pensamiento de Izquierda todavía muy primitivo —evidentemente—, de niveles muy de base, pero se está reconstruyendo. [...]

Marx maneja el concepto de la revolución por oleadas: van y regresan, luego pueden ir más allá y regresan un poco [...]. Estamos apenas en la primera oleada y quizás luego haya un pequeño reflujo a la espera de una nueva oleada que permitirá —y eso va a depender de lo que hagamos los hombres y mujeres de carne y hueso— que se puedan expandir a otros ámbitos territoriales y profundizar los cambios que hasta ahora, hoy por hoy, son cambios —en algunos casos— superficiales, parcialmente estructurales.³

Como puede verse, estamos ante una elaboración que aborda con precisión la índole de la relación entre los movimientos sociales y la práctica política, la conveniencia de señalar objetivos acotados que no desborden el imaginario de masas, donde resuena con claridad el pensamiento de Gramsci, descartando explícitamente los recetarios acartonados de diferentes epígonos de los “cometas” del pasado.

García Linera no solo nos permite entender en profundidad a la sociedad boliviana, las variadas vicisitudes de sus tiempos actuales, sino que incluso nos otorga la posibilidad de contar con elocuentes conceptos, como el de *empate catastrófico*, tomado de Gramsci, o *punto de bifurcación*, tomado del físico Ilya Prigogine, para mejor entender distintos escenarios y poner en evidencia los variados momentos que el movimiento de masas transita para consolidar sus conquistas.

En su reflexión sobre la revolución como proceso y no como acontecimiento que se condensa en un solo momento, García Linera, como vimos, nos propone recurrir al concepto de *oleadas* sucesivas, aludiendo a que, por fuerza, se tiene que transitar por retrocesos para retornar con posibilidades de ir más allá, si los protagonistas son capaces de sacar enseñanzas sobre los caminos ya transitados. García Linera propone que esta marcha y sus enseñanzas se articulan como parte del *movimiento de lo real*, sin que los intelectuales tengamos nada que insuflar. Bastará

con que reguemos y contribuyamos a cuidar a lo que tiene sus propios nutrientes, estableciendo en todo caso los vasos comunicantes que nos sea posible pero sin ilusorias fusiones ni pretensiones dirigentes.

Esta primacía del sentido de la práctica y del movimiento real, hilo conductor de toda su obra, también está presente en su reflexión sobre los protagonistas del proceso revolucionario y el consiguiente tema del “Partido”, en su dimensión trascendente, que no puede ser otra cosa, nos dice, que las diversas y efímeras formas que adquiere la articulación del movimiento real. Este abordaje ya estaba presente en sus trabajos de veinte años atrás:

La revolución social no es un Putsch de vanguardias arriesgadas, no es un golpe de Estado que derroca a los malos funcionarios del poder estatal por otros más abnegados, comprometidos o letrados en el “programa”; es un largo proceso de autodeterminación social, económica, política y cultural que iniciándose en cada centro laboral, en varias regiones y países de manera aislada, es capaz de interunificar materialmente prácticas, actitudes y hechos para crear un sentido de totalización práctica del trabajo que totalice, que supere positivamente la totalización del capital. Es pues, un hecho de masas, de sus comportamientos, de sus creencias, de sus acciones, de sus creaciones, de sus sueños, de sus objetivaciones materiales que en su unificación son capaces de producir, tanto una nueva relación de poder a escala nacional primero [...] y luego mundial (porque el capital es una relación mundial) como una nueva forma de ejercicio no disciplinario del poder que permita que el hecho factual de masa se presente a sí mismo sin intermediación re-presentable, que ha sido precisamente la técnica para escamotear y enajenar el rol de la fuerza colectiva.

La constitución de la clase revolucionaria es, entonces, desde todo punto de vista un hecho material de clase imposible de ser suplantado por la pericia de vanguardias, la mística de un puñado de militantes o la escritura prolífica de algún bienpensante. La constitución de la clase revolucionaria es un hecho histórico que compete a la experiencia histórica de la propia clase, de la multitud abigarrada que valoriza al capital. A este movimiento material de autoconstrucción, que es un proceso de autodeterminación general del trabajo frente al capital, Marx lo llama partido político de la clase (García Linera, 1999).

Esta convicción sobre quién constituye el verdadero protagonista, lo lleva a sostener veinte años después del texto citado y

3 Entrevista que le hicieron las publicaciones *Brasil de fato*, brasileña, y *Trapiche*, de Bolivia, el 25 de octubre de 2009.

desde la responsabilidad de gobierno que ahora ocupa, que lo crucial no es ilusionarse con tareas que aún no están maduras. Para García Linera, en las condiciones bolivianas, se puede aspirar a una profunda transformación pero esta no supone objetivos que puedan llamarse socialistas o comunistas. Se trata de aspirar a un escenario “posneoliberal”, acotado a un “capitalismo andino amazónico” que deberá articular las formas modernas con las que devienen de las prácticas ancestrales de los pueblos primigenios, con el Estado como instancia que procure alentar, sin reduccionismos entre ambas modalidades, los recursos tecnológicos que las potencien.

¿Dónde quedaría entonces el horizonte comunista?, se pregunta el propio García Linera:

Apoyar lo más que se pueda el despliegue de las capacidades organizativas autónomas de la sociedad. Hasta ahí llega la posibilidad de lo que puede hacer un Estado de izquierda, un Estado revolucionario. Ampliar la base obrera y la autonomía del mundo obrero, potenciar formas de economía comunitaria allá donde haya redes, articulaciones y proyectos más comunitaristas. Sin controlarlos. No hay un proceso de cooptación ni de generación desde arriba de comunitarismo. Eso no lo vamos a hacer nunca (García Linera, 2007).

En estas palabras queda muy claro que se han descartado las presunciones vanguardistas y que se toma absolutamente en serio que los protagonistas de los grandes virajes de la Historia son los pueblos.

Emir Sader también hace un interesante aporte a la índole de las tareas abordables en este tiempo. Su énfasis estará puesto en caracterizar el actual período como resultante de dos determinaciones: una derrota estratégica, consecuencia del extendido fracaso que supuso la intención de constituir una alternativa anticapitalista en el siglo XX, pero a su vez, la puesta de manifiesto de una crisis profunda en el capitalismo a partir de las dificultades de su forma de expansión actual, el neoliberalismo. Dirá entonces que en este período:

La victoria del campo imperialista y la derrota del campo socialista, sumadas a las transformaciones ideológicas y estructurales introducidas por las políticas neoliberales, alteraron las condiciones objetivas y subjetivas de la lucha política. Es de este modo que de-

ben entenderse las condiciones de lucha, en el marco histórico realmente existente, y no de forma rígida y dogmática, de acuerdo a cada proceso histórico (Sader, 2009:120).

Es decir, el modelo neoliberal, a pesar de su extensión global, muestra sus dificultades, pero aún no se ha constituido una fuerza capaz de cuestionarlo con el mismo alcance. En palabras de Sader:

El neoliberalismo no termina, pero se agota, dando paso a un período de disputa por alternativas en las que —por el momento— sólo se ve aparecer propuestas superadoras en América latina. Gana así la región un protagonismo —junto con China— en la proyección del mundo futuro para toda la primera mitad de este siglo, en la disputa entre lo viejo —que se resiste a morir y produce crisis con consecuencias por todos lados—, y lo nuevo, que comienza a anunciar el posneoliberalismo, un mundo solidario, desmercantilizado, humanista [...].⁴

De allí que las tareas de este tiempo consistan en desplegar un amplio frente de cuestionamiento al neoliberalismo, capaz de esbozar un modelo económico alternativo a partir de constituir nuevas formas políticas que democratizen las estructuras del Estado, impulsando así la democratización de la sociedad en su conjunto. Lo que implica poner en cuestión las formas de propiedad de la tierra, el capital financiero, los medios de comunicación. Crear de esta manera un nuevo bloque social, político y cultural que pueda hegemonizar la confrontación con el neoliberalismo, darles soporte a nuevas formas de poder popular que, aunque no se planteen objetivos claramente socialistas de momento, puedan servir de sustento a un curso posterior que conlleve esa perspectiva.

Para Sader, de alguna manera, el programa “antineoliberal” debería constituir el núcleo de un programa de transición, en una perspectiva *posneoliberal* acorde con los desafíos de la época. Sader va a ser concluyente al decir que vivimos en un tiempo en el que no es posible pensar los objetivos revolucionarios como en buena parte del siglo XX. Polemizando con las diversas variantes del ultraizquierdismo, a quienes atribuye un desprecio por las particularidades de cada realidad concreta y que con su accionar hacen que

4 Emir Sader, “¿Se acabó el neoliberalismo?”, en *La Jornada*, México, 29/9/08.

la lógica doctrinaria absolutice la lucha ideológica, se erija como defensora de los principios teóricos del marxismo, de la pureza de estos principios y, por eso, acostumbre no sólo a aislarse sino incluso propiciar divisiones aún mayores dentro de la izquierda, sobre interpretaciones respecto de la teoría —en lo que el trotskismo es un ejemplo— o condenar todo proceso revolucionario nuevo que, al ser siempre heterodoxo, “contra *El Capital*”, merece ser rechazado y condenado (Sader, 2009:124).

Por cierto entonces, para Sader, los únicos esbozos en esta dirección se están produciendo en América Latina, con algunas experiencias que han dado más pasos hacia adelante, los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, al haber iniciado transformaciones en la estructura estatal, y otros que a su manera, se suman a la composición de un bloque alternativo en la región, confrontando con los planes de EE.UU., fuerza determinante en la sustentación del neoliberalismo a nivel mundial.

Es así que el viejo dilema reforma o revolución, que como vimos, recorre los distintos períodos que hemos mencionado, ya no puede concebirse en los mismos términos. Por tanto, habrá de afirmar que la línea que cruza el continente no es entre una izquierda buena y una mala, sino entre los gobiernos que han firmado tratados de libre comercio y los que han priorizado los procesos de integración regional y la construcción de un mundo multipolar.

Para Sader resulta fundamental mantener las iniciativas que favorezcan la unidad de acción de todos los procesos que se vienen desarrollando en América Latina y sale al paso de quienes pretenden contraponerlos:

Cualquier acentuación de las diferencias entre, por ejemplo, los gobiernos de Hugo Chávez y de Lula —que se diferencian en aspectos significativos— favorecería a la derecha, aislaría al gobierno venezolano y eventualmente aproximaría al gobierno brasileño a los Estados Unidos y sus aliados en el continente. La alianza entre los gobiernos moderados y los más radicales en un proceso de integración fortalece a ambos y al conjunto del campo progresista (Sader, 2009:155).

Sader no abunda en indagar sobre las condiciones y circunstancias que permiten que en ciertos países, y no en otros, se haya avanzado en mayor medida. Sostendrá que las experiencias en los países a cuyos gobiernos considera “más moderados”, se caracteri-

zan por flexibilizar el modelo neoliberal, alentar la integración regional y permitir el acceso a bienes significativos a amplios sectores postergados, pero sin poner en cuestión resortes fundamentales del anterior modelo, como el capital financiero, sectores del agronegocio y el predominio de los medios privados, sin alterar sustancialmente los fundamentos de los respectivos Estados.

Sin duda que aquí queda al descubierto el gran interrogante que apunta a cómo poder explicarnos las diferencias que aquí se mencionan y a partir de esto intentar acercarnos al plano en el que se conjugan las tareas que cada situación demanda. ¿Puede pensarse que las diferencias aludidas devienen de una mera disyuntiva en el plano subjetivo? ¿Se trata de niveles de audacia y consecuencia que se diferencian de quienes pecan por exceso de prudencia o falta de voluntad? ¿A la diferente distribución histórica de tradiciones y culturas políticas? Si queremos ser coherentes con presupuestos que articulan el mundo de las ideas con las condiciones materiales, tendremos que prestar atención a otro tipo de variables.

Quien se hace cargo explícitamente de la temática de la unidad en la diversidad y de los aspectos que en cada caso sirven de sustento es Marco Aurelio Garcia. Protagonista de primera hora en la fundación del PT, probablemente uno de los dirigentes del partido que más cerca ha estado de Luiz Inácio “Lula” Da Silva en muchos años, y que hoy continúa con su tarea de asesor en los temas internacionales junto a Dilma Rousseff, es autor de trabajos que permiten adentrarse en la búsqueda conceptual que el PT lleva a cabo en el espectro de una izquierda en crisis en tiempos que anticipan la debacle de la URSS.

En relación a las características del período, Garcia sostiene que lo que se viene produciendo en América Latina, y particularmente en América del Sur, es un proceso de profundos cambios, signado por una intensa confluencia, en respuesta a los funestos resultados de la contrarreforma neoliberal, y que conjuga notables posibilidades dada la riqueza de los recursos naturales y humanos que se hallan involucrados.

En este contexto, su interpretación sobre el proceso político en Brasil se inscribe en la pretensión de reconstruir algo así como una “socialdemocracia del Sur”, sobre la base de asumir consecuentemente las posibilidades reformistas que abre el actual contexto global y regional.

La hegemonía neoliberal duró poco tiempo, pero condujo a la actual crisis mundial, y ahora pasamos a transitar hacia otra dirección. ¿Cuál? No lo sé. Nadie lo sabe. Algunos amigos con los que estuve recientemente en Francia me dijeron que tienen una enorme simpatía e interés en conocer mejor lo que ellos llaman la “socialdemocracia del Sur”. Aunque en un cierto momento, la socialdemocracia fue un proyecto que no tuvo éxito, sus premisas subsisten. Me refiero a la idea de compatibilizar democracia económica y social, con democracia política [...]. A qué más que eso se podría aspirar (García, 2010a).

Desde esa perspectiva, García recupera la noción de “revolución democrática” para describir la acción política del PT en Brasil y el alcance regional de su enfoque sobre las características de la izquierda latinoamericana. Esta noción encuentra sus fundamentos en los intentos revolucionarios de emancipación latinoamericana de los siglos XIX y XX, en tanto actualiza las tareas de emancipación económica y social que aquellas propusieron:

Las grandes revoluciones que marcaran, más de un siglo después, nuestro continente (la mexicana, la boliviana, la cubana y la nicaragüense) dejaron marcas importantes en sus países y en toda la región. Pero no llegaron a constituirse en paradigmas sólidos y durables. Es comprensible el uso metafórico de las revoluciones del siglo XIX (los ochocientos), para subrayar cuánto es necesario realizar en materia de emancipación, especialmente económica y social (García, 2010b:73).

Sin embargo, las características políticas del actual período, exigen para la izquierda, en primer lugar, una profunda revisión de la idea misma de *revolución*, una nueva síntesis conceptual que parta de las condiciones concretas de la práctica política en el período actual y no a partir de la petrificación de metodologías propias de los períodos anteriores:

Es así que esta búsqueda de fundamentos, de fuerte dimensión simbólica, no puede eludir la necesidad de una profunda renovación intelectual y de práctica política en nuestros países. La revolución no es solamente una cuestión de forma, como muchas veces aparece en la exuberancia de los acontecimientos que la rodean. Tampoco es un proceso permanente en el que se supone que la sociedad acompaña a las vanguardias con la misma intensidad e interés durante todo el tiempo. Las revoluciones son momentos únicos, casi siempre impre-

visibles o imprevistos, que iluminan los grandes problemas de una sociedad, pero no necesariamente los resuelven. El tratamiento que ellos tendrán después es lo que habrá de dar cuenta sobre el alcance histórico del movimiento (García, 2010b: 74).

Por otra parte, sobre esta nueva idea de revolución como proceso de cambio sostenido, García sostiene que la izquierda latinoamericana debe saldar cuentas con la idea de democracia, que durante mucho tiempo estuvo asociada, desde concepciones liberales, con fenómenos de exclusión de las grandes mayorías del proceso político o con profundas desigualdades sociales. Esta situación histórica dificulta, para García, asumir el balance de que en muchos casos, fue la propia acción de la izquierda, en su lucha contra las dictaduras, la que posibilitó la existencia misma de la democracia:

Las luchas guerrilleras en la América Central no llevaron aquella región al socialismo, como pretendían. Pero la democracia —aun frágil— existente hoy en Nicaragua, en El Salvador y en Guatemala, es el resultado directo de aquellos movimientos insurgentes (García, 2010b:74).

Esa relación entre izquierda revolucionaria y democracia, tiene especial connotación en el caso de Brasil, en donde, bajo las particulares condiciones de la dictadura, y ante las carencias de la izquierda con enfoque más tradicional, se fue forjando una nueva izquierda con un fuerte arraigo social, que fue procesando las nuevas condiciones de la transición democrática en el país y los límites que habían mostrado las experiencias de acción revolucionaria de inspiración jacobino-elitista propia de los intentos *foquistas*. Es así que García destaca:

El surgimiento de lo que se podría llamar la “izquierda social”, que reunía trabajadores del mundo industrial, del campo, intelectuales, jóvenes, militantes de movimientos religiosos, amplios sectores de las clases medias y, evidentemente, muchos cuadros originarios de las organizaciones de izquierda derrotados en un pasado no muy lejano. Sin decirlo, ese movimiento asumió un carácter nítidamente “reformista” (García, 2010b:74).

Esta nueva izquierda social, que surge en Brasil, será, entonces, la base de sustentación del proyecto de una “socialdemocracia” de orientación reformista y latinoamericana:

Se asemejaba mucho a la socialdemocracia alemana en su nacimiento, a fines del siglo XIX, salvo por ser bastante más ecléctica en lo que se refiere a sus referencias político-ideológicas. Pero este “posibilismo”, todavía hoy denunciado por los remanentes de una izquierda de inspiración revolucionaria, fue capaz de producir enormes transformaciones en la economía, en la sociedad y en la política brasileñas. Transformaciones que sufren hasta hoy, la resistencia de sectores —en verdad minoritarios— que sienten sus intereses y valores vulnerados. Es sintomático que se haya llamado a esta gran transformación “Revolución Democrática”. Seguramente, es para enfatizar la profundidad sustantiva de las actuales transformaciones. También es sintomático que los cambios en curso le hayan dado fundamental importancia a las relaciones del proceso político brasileño con la América del Sur, hoy también en profunda transformación.

En ese contexto, Marco Aurelio distingue los casos del Cono Sur, donde despuntaron, en los años 30 y 40, proyectos nacional-desarrollistas, con una consecuente transformación económica y social y donde, posteriormente, las dictaduras y los gobiernos dóciles a los mandatos de los *Consensos de Washington*, han generado una crisis profunda de particulares contornos. Aquí los nuevos procesos políticos intentan atender y consiguen en parte revertir la situación a partir de “*un círculo virtuoso de desarrollo que asocia crecimiento, distribución de la riqueza y fortalecimiento democrático*” (García, 2008:123).

En los casos del área andina, incluida Venezuela, en cambio, sus clases dominantes no aprovecharon en ningún momento los beneficios de la expansión de los recursos mineros con los que contaron para ensayar proyectos industriales y posibilitar políticas redistributivas. Se limitaron a un papel meramente rentista y parasitario con la consiguiente potenciación de una polarización social explosiva, en la que se destaca el fuerte componente étnico, particularmente en Bolivia, Perú y Ecuador. Dice García:

Este cuadro explica la evolución reciente de los países andinos, marcada por la fuerte emergencia de los sectores populares en la política. Esa irrupción ocurre en un ambiente institucionalmente frágil, incluso en descomposición. No es casual —ni mucho menos resultado de un supuesto radicalismo— que en tres de esos cuatro países se haya planteado la necesidad de una Asamblea Constituyente para reorganizar las instituciones y ajustarlas a la nueva configuración sociopolítica.

Así, habrá de reivindicar el papel de Chávez, Morales y Correa como líderes a la altura de requerimientos en países que “*viven mucho más que una época de cambios. Como dice Rafael Correa, se encuentran ante un cambio de época*” (García, 2008:125). Finalmente cierra sus notas con una afirmación que hacemos nuestra:

Los dilemas que vive la región no son el resultado de visiones realistas, por un lado, contra posiciones ideológicas y voluntaristas, por el otro. Tampoco son la consecuencia de dos izquierdas, una buena y otra mala. Sencillamente, reflejan percepciones —y sobre todo intereses— diferenciados, aunque para quienes se acostumbraron a una América del Sur monótona de esto pueda resultar chocante (García, 2008:126).

Lo nodal aquí no dependería de los cursos que pudieran marcarse como producto de un “voluntarismo radical” de quienes gobiernan en cada caso, sino, ante todo, al tener lugar en el marco de distintas estructuras sociales y particulares condiciones socio-históricas. Encontramos, entonces, gobiernos que deben afrontar distintos obstáculos dada la diferente fortaleza e índole de los sectores dominantes en cada país.

La tarea de producir y actualizar conceptos para pensar nuestro tiempo recién da sus primeros pasos. Hemos querido hacer esta presentación como parte de un trabajo que, también para nosotros, recién empieza. Esbozamos lo que creemos han sido períodos que contornan y constituyen a muchos de los conceptos que heredamos. Presentamos algunos aportes producidos por protagonistas significativos de este tiempo que tienen en común haber sido también protagonistas de un tiempo anterior. Tienen entonces la suficiente perspectiva como para poder transmitirnos nociones que creemos que son particularmente elocuentes y enmarcan el debate actual.

Esperamos que encuentros e intercambios como el que aquí nos convoca, en memoria de José Aricó —alguien que, como pocos, fue un maestro de muchos en esto de concebir instrumentos que hagan más rica y productiva nuestra intervención en las realidades en las que estamos insertos—, habrán de seguir nutriendo nuestro propósito.

Referencias bibliográficas

- Castañeda, Jorge (2005): "Las dos izquierdas latinoamericanas", en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero.
- Follari, Roberto (2010): *La alternativa neopopulista*, Homo Sapiens, Rosario.
- García, Marco Aurelio (2008): "Nuevos gobiernos en América del Sur: Del destino a la construcción de un futuro", en *Nueva Sociedad* N° 217, Buenos Aires, septiembre/octubre.
- García, Marco Aurelio (2010a) "Brasil apuesta a la integración regional", entrevista en *Le Monde Diplomatique - El Diplo* N° 136, octubre.
- García, Marco Aurelio (2010b): "Brasil: pequeño ensayo sobre un bicentenario tardío", en Mario Toer [et al.], *América Latina. 200 años y nuevos horizontes*, Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, Argentina, 2010.
- García, Marco Aurelio, Guimarães, Juárez y Pomar, Valter (2005): *Socialismo no século XXI*, Fundação Perseu Abramo, San Pablo.
- García Linera, Álvaro (1999): *El fantasma insomne. Pensando el presente desde el Manifiesto Comunista*, Muela del Diablo, La Paz. [Se encuentra en la antología *La potencia plebeya*, CLACSO - Prometeo, Buenos Aires, 2008, pp. 120 y 121.]
- García Linera, Álvaro (2007): "Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad indígena", entrevista realizada por Maristella Svampa y Pablo Stefanoni en *Revista del Observatorio Social de América Latina*, Año VIII, N° 22, CLACSO, Buenos Aires, septiembre.
- García Linera, Álvaro (2008a): *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, CLACSO - Prometeo, Buenos Aires.
- García Linera, Álvaro (2008b): "Comentario a Toni Negri", en *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano* N° 15, CLACSO, Buenos Aires, diciembre.
- Garretón, Manuel Antonio (2007): "Elecciones presidenciales y nueva problemática histórica", en Isidoro Cheresky (comp.), *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Manantial, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2006): "La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana", en *Nueva Sociedad* N° 205, Buenos Aires, septiembre/octubre.
- Laclau, Ernesto (2009): "Las amenazas a la democracia no vienen del populismo sino del neoliberalismo", entrevista en *Página / 12*, Buenos Aires, 1 de junio.
- Moulian, Tomás (1997): *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Arcis - LOM, Santiago de Chile.
- Natanson, José (2008): *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Paramio, Ludolfo (2006): "Giro a la izquierda y regreso del populismo", en *Nueva Sociedad* N° 205, Buenos Aires, septiembre/octubre.
- Petkoff, Teodoro (2005): "Las dos izquierdas", en *Nueva Sociedad* N° 197, Caracas, mayo/junio.
- Ramírez Gallegos, Franklin (2006): "Mucho más que dos izquierdas", en *Nueva Sociedad* N° 205, Buenos Aires, septiembre/octubre.
- Sader, Emir (2008): "¿Se acabó el neoliberalismo?", en diario *La Jornada*, México, 29/9/08.
- Sader, Emir (2009): *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Toer, Mario (2007): "Petras descubre que en Bolivia no se hizo la revolución social", ponencia presentada en el *Congreso por los 50 años de la Carrera de Sociología*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Toer, Mario (2011): *De Moctezuma a Chávez. Repensando la historia de América Latina*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 4ª edición.
- Toer, Mario y Martínez Sameck, Pablo (coordinadores) (2006): *Las fuerzas alternativas de América Latina. De la Komintern al Foro de Porto Alegre*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.
- Vilas, Carlos (2005): "La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares", en *Nueva Sociedad* N° 197, Caracas, mayo/junio.